
EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA
UNIVERSIDAD DE NAVARRA / PAMPLONA / ESPAÑA



Universidad
de Navarra

ANTONIO BALSERA

La nunciatura de Francesco Tiberi (1827-1834)

VOLUMEN 68 / 2019

SEPARATA

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA / UNIVERSIDAD DE NAVARRA
PAMPLONA / ESPAÑA / ISSN: 0214-6827
VOLUMEN 68 / 2019

DIRECTOR/ EDITOR

J. José Alviar
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

VOCALES

Juan Luis Caballero
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Fernando Milán
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

SECRETARIA

Isabel León
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Esta publicación recoge los extractos de las tesis doctorales defendidas en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

La labor científica desarrollada y recogida en esta publicación ha sido posible gracias a la ayuda prestada por el Centro Académico Romano Fundación (CARF)

Redacción, administración, intercambios y suscripciones:
Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia.
Facultad de Teología.
Universidad de Navarra.
31080 Pamplona (España)
Tel: 948 425 600.
Fax: 948 425 633.
e-mail: faces@unav.es

Edita:
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S.A.
Campus Universitario
31080 Pamplona (España)
T. 948 425 600

Precios 2019:
Suscripciones 1 año: 30 €
Extranjero: 43 €

Fotocomposición:
pretexto@pretexto.es
Imprime:
Ulzama Digital
Tamaño: 170 x 240 mm

DL: NA 1067-1984
SP ISSN: 0214-6827

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

VOLUMEN 68 / 2019

Alejandro Jesús ARENAS HERRERA

La noción de liturgia en la obra de Manuel Garrido Bonaño O.S.B. antes de la constitución *Sacrosanctum Concilium*

5-87

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Alfonso Berlanga

Antonio BALSERA

La nunciatura de Francesco Tiberi (1827-1834)

89-161

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Federico Suárez

Antonio Augusto DIAS DUARTE

El pecado como esclavitud del hombre

163-209

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Teodoro López

Rafael PARDO FERNÁNDEZ

El pontificado de Pedro Adán Brioschi entre los años 1898-1923

211-287

Tesis doctoral dirigida por la Prof. Dra. Carmen Alejos

Rodolfo PRIETO SÁNCHEZ

El seguimiento de Cristo desde el Concilio Vaticano II hasta *Veritatis splendor*

289-369

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Tomás Trigo

Julio Agustín SÁNCHEZ LEÓN

Religión, sociedad y vida pública en Richard John Neuhaus

371-435

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Gregorio Guitián

Manuel VALENTINI Y COLOMER

Hacia una escatología del Sábado Santo: el *descensus ad inferos* y la escatología de los individuos

437-507

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. José Alviar

Universidad de Navarra
Facultad de Teología

Antonio BALSERA

La nunciatura de Francesco Tiberi (1827-1834)

Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

Pamplona
2019

Ad normam Statutorum Facultatis Theologiae Universitatis Navarrensis,
perlegimus et adprobavimus

Pampilonae, die 19 mensis decembris anni 2018

Dr. Fridericus SUÁREZ

Dr. Gundisalvus REDONDO

Coram tribunali, die 20 mensis iunii anni 1983, hanc
dissertationem ad Lauream Candidatus palam defendit

Secretarius Facultatis
D. nus Eduardus FLANDES

Cuadernos doctorales de la Facultad de Teología
Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia

Vol. LXVIII, n. 2

PRESENTACIÓN

Resumen: Fernando VII pasó de ser el «Deseado» a tachársele como rey «Felón». Quizá en su mediocridad no estuvo a la altura del tiempo que le tocó vivir. La herencia que dejó lo corrobora: España quedó sumida en las guerras carlistas, las contiendas civiles más sangrientas y largas de su historia moderna, y el país pasó a ser una nación de segunda categoría en el entorno europeo.

El nuncio Apostólico figura como decano del cuerpo de casi todas las naciones. La antigüedad y la experiencia de la Curia Romana no necesitan presentación. En tiempos críticos, la Santa Sede ha gozado tradicionalmente de prestigio por su tacto político y capacidad de concordia.

Francesco Tiberi vive en España en los años finales del Antiguo y principios del Nuevo Régimen, que guarda un cierto paralelismo con la transición política que tuvo lugar después de la muerte de Franco. Aunque las dos situaciones fueron resueltas de forma distinta. La última fue una etapa pacífica, la anterior todo lo contrario.

Para el estudio del tema se ha contado fundamentalmente con los despachos del Nuncio y la respuestas de la Secretaría de Estado del Vaticano.

Se da la circunstancia que el director de la Tesis, profesor Federico Suárez. Especialista en el reinado de Fernando VII, por sus estudios históricos era partidario de la causa carlista y sin embargo por su ministerio sacerdotal fue nombrado capellán de un rey borbón, Juan Carlos I. Pero hasta en eso actuó siempre con una exquisita profesionalidad.

Palabras clave: Francesco Tiberi, Fernando VII, final del Antiguo Régimen.

Abstract: Fernando VII went from being the «Wished» to being labeled as king «Felón». Perhaps in his mediocrity, he was not up to the time he lived. His legacy corroborates that: Spain was mired in the Carlist wars, the bloodiest and longest civil strife in its modern history, and the country became a second-rate nation in the European environment.

The Apostolic Nuncio appears as dean of the body of almost all nations. The antiquity and experience of the Roman Curia need no introduction. In critical times, the Holy See has traditionally enjoyed prestige for its political tact and capacity for concord.

Francesco Tiberi lives in Spain in the final years of the Old and beginning of New Regime, which keeps a certain parallelism with the political transition that took place after the death of Franco. Although the two situations were resolved differently. The last one was a peaceful step, while the former one was the opposite.

For the study of the subject, the offices of the Nuncio and the responses of the Vatican Secretariat of State were used.

The circumstance includes that the director of the Thesis, professor Federico Suárez, expert in the reign of Fernando VII, for his historical studies, was in favor of the Carlist cause and yet for his priestly ministry was appointed chaplain of a Bourbon king, Juan Carlos I. But even in that he always acted with a sophisticated professionalism..

Keywords: Francesco Tiberi, Fernando VII, End of the Ancien Régime.

Cuando el Dr. Federico Suárez se entrevistó conmigo para sugerirme este trabajo, él era ya un consagrado historiador, muy conocido además por sus escritos de espiritualidad. A eso se unía que además de profesor de universidad, ejercía su ministerio sacerdotal. Ironías de la Providencia pues, como era sabido, por sus estudios históricos fue partidario del carlismo, y por su ministerio sacerdotal era capellán de un rey borbón. Pero hasta en eso actuó siempre con una exquisita profesionalidad. Como me constaba por mi anterior relación con él.

Precisamente, antes de conocerle personalmente, ya habíamos tenido contacto epistolar. Le escribí, siendo yo estudiante de Historia Contemporánea, en Granada. Le contaba que en una de las clases había oído hablar de él en tono muy negativo. Y sobre todo, había leído una feroz crítica de un historiador de cierto renombre. Quise citarle esa obra, para que tuviera la opción de defenderse. Pero no lo hizo, sino que me contestó alabando a esa persona; me decía que era uno de los pocos, que independientemente de su ideología, basaba su trabajo en el «estudio de las fuentes». Con esos antecedentes no me extrañó que la primera entrevista que tuve con él en Madrid, me obsequiara con la reciente publicación de unas fuentes, que podían tener interés para mi tesis. Se trataba de la correspondencia diplomática entre el Nuncio Tiberi y la Santa Sede¹.

Por mi parte, acababa de estudiar teología en lo que sería el embrión de la *Pontificia Università della Santa Croce*. Se extrañó de mi juventud, y pensó que mi italiano estaba reciente como para poder familiarizarme con los escritos del Nuncio y las respuestas de la Secretaría de Estado del Vaticano. Eran los meses previos al intento de golpe de estado del Teniente Coronel Tejero, y en aquel momento me disponía a trabajar en el comienzo de otra época convulsa de nuestro país. Así que, vestido de Artillero segundo, con destino en la biblioteca de tropa del Cuartel Daoiz y Velarde de Madrid, comencé el estudio de unos despachos diplomáticos hasta ese momento desconocidos para los estudiosos que no residían en la Ciudad Eterna. Enfrascado en el estudio de un golpe de estado del siglo XIX asistí, acuartelado, a otro golpe de estado a finales del XX.

1. Se trataba de la obra publicada por Vicente CÁRCCEL ORTÍ. Obra con la que inició Eunsá en 1976 la colección «*Documentos para la historia de las relaciones Iglesia-Estado en la España del siglo XIX*». El acopio documental hecho por CÁRCCEL cuenta con 806 despachos provenientes del Archivo Secreto Vaticano, y está precedido por un interesante estudio preliminar. Por lo demás, la edición está muy bien cuidada, y cuenta entre sus notas con un material muy útil, por tratarse en su mayor parte de las contestaciones de la Santa Sede a los despachos del Nuncio.

Más tarde, después de acabada mi corta carrera militar, me incorporé a la Universidad de Navarra. Allí asistí a las clases de mi paisano el profesor Gonzalo Redondo, que para asombro de mis compañeros me puso la máxima calificación, mientras recitaba aquel conocido verso de Virgilio: «*La Fortuna ayuda a los audaces*». Efectivamente, algo de juvenil insensatez verían mis compañeros, que sin embargo el Dr. Redondo reconoció como valentía, cuando en realidad era benevolencia por su parte. Así era su carácter, amable y con una pizca de ironía como tuve la oportunidad de conocer en los comentarios que me hizo –todavía los conservo por su expresividad– y cuando tuve que contar con su ayuda, como asesor de mi trabajo doctoral.

Después de más de treinta años, muchos de esos profesores, magníficos historiadores, Dres. Orlandis, Ramos-Lissón y los citados anteriormente ya no están entre nosotros. A ellos les debo mucho y quiero dedicar este trabajo. Les ruego que como sacerdotes, más que profesores, intercedan por mí y por los lectores de estas páginas ante el Señor de la Historia.

* * *

La figura de Fernando VII, plasmada genialmente por la paleta de Francisco de Goya, no goza en nuestra época de ninguna estima. En su tiempo pasó de ser el «Deseado» a tachársele como «rey Felón». Quizá, porque, en su mediocridad, no estuvo a la altura de los tiempos que le tocó vivir. Efectivamente, la herencia que dejó lo corrobora. España quedó sumida en las guerras civiles más sangrientas y largas de nuestra historia moderna, y nuestro país pasó a ser una nación de segunda categoría en el entorno europeo.

En nuestra reciente historia, Adolfo Suárez analiza, en un artículo que lleva por título «*Iglesia y Estado en la transición política*»², el papel de la Iglesia Católica. Precisamente junto a esa intervención –del que fuera presidente español– publiqué uno de los capítulos que siguen a esta introducción³, donde trato de mostrar que existe un cierto paralelismo entre la época que vivió el nuncio Tiberi en España a finales del *Antiguo Régimen*, y la nuestra, a partir de 1975. Aunque también es cierto que las dos situaciones fueron resueltas de forma muy distinta. La última fue una transición pacífica, la anterior todo lo contrario.

2 Cfr. *Iglesia y poder público: actas del VII simposio de Historia de la Iglesia en España y América*. Academia de Historia Eclesiástica, Sevilla, 13 de mayo de 1996, Publicaciones obra social y cultural Cajasur, Córdoba 1997, 273ss.

3 *Ibid.*, 135ss.

Como es sabido, el nuncio Apostólico, desde hace bastante tiempo, figura como decano del cuerpo diplomático de casi todos los países. La antigüedad y la experiencia de la Curia Romana no necesitan presentación. En tiempos críticos la Santa Sede ha gozado tradicionalmente de prestigio, por su tacto político y capacidad de concordia; en el caso de Francesco Tiberi ya lo veremos en las páginas que siguen.

* * *

La mayor parte del extracto de la tesis doctoral que ahora se presenta ha sido publicada ya con anterioridad. Se trababa de los capítulos que parecían de mayor interés. El que más abajo lleva por título de «Tiberi, nuncio en España», apareció –casi en su totalidad– en 1997 en *Iglesia y poder público: actas del VII Simposio de Historia de la Iglesia en España y América*, Academia de Historia Eclesiástica, Sevilla, 13 de mayo de 1996⁴. Igual ocurre con el que se titula «La cuestión sucesoria» que se editó en 2008 en *La libertad de conciencia: actas del XVII simposio de Historia de la Iglesia en España y América*, Academia de Historia Eclesiástica, Sevilla, 15 de mayo de 2006⁵.

4 Este capítulo lo publiqué con el título «El ‘exilio’ del nuncio Tiberi: un momento de conflicto entre la Santa Sede y el Estado Español», en *Iglesia y poder público: actas del VII simposio de Historia de la Iglesia en España y América. Academia de Historia Eclesiástica, Sevilla, 13 de mayo de 1996*, Publicaciones obra social y cultural Cajasur, Córdoba 1997, 135ss. En esa ocasión no añadí el apartado sobre «La carrera de Tiberi», que entonces no parecía oportuno incluir.

5 Este capítulo lo publiqué con el título «La diplomacia en la cuestión sucesoria española (1830-1833)» en *La Libertad: actas del XVII simposio de Historia de la Iglesia en España y América. Academia de Historia Eclesiástica, Sevilla, 15 de mayo de 2006*, Publicaciones obra social y cultural Cajasur, Córdoba 2008, 135ss.

Índice de la Tesis

ABREVIATURAS UTILIZADAS	III
INTRODUCCIÓN	IV
I.	
LA IGLESIA Y ESPAÑA DURANTE LA NUNCIATURA	1
1. LA IGLESIA UNIVERSAL DURANTE LA NUNCIATURA DE TIBERI	2
2. LA VIDA ESPAÑOLA EN LOS AÑOS 1827-1834	12
II.	
TIBERI, NUNCIO EN ESPAÑA	24
1. LA CARRERA DE FRANCESCO TIBERI	25
2. TIBERI EN EL SUELO ESPAÑOL	28
3. EL NUNCIO RETROCEDE A BAYONA	31
4. LA GUERRA DE LOS AGRAVIADOS	33
5. TIBERI PUEDE ENTRAR EN ESPAÑA	39
III.	
DOS ‘AMIGOS’ Y DOS ENEMIGOS DEL NUNCIO	41
1. CLEMENTE SOLARO DELLA MARGARITA	42
2. JOAQUÍN ABARCA Y BLANQUÉ	115
IV.	
LA CAUSA DEL CONFLICTO	130
1. UN PANORAMA DESOLADOR	131
2. LA REACCIÓN DE ESPAÑA ANTE EL NOMBRAMIENTO	135
3. UN EMBAJADOR EXTRAORDINARIO EN ROMA	151
4. EL INICIO DE LAS NEGOCIACIONES	154
5. LA SEGUNDA CONFERENCIA	157
6. NUEVA FASE EN LAS NEGACIONES	161
7. UN BREVE PONTIFICADO	165

V.	
UNA INTERVENCIÓN DECISIVA	172
1. ¿JURISCONSULTO VULGAR?	174
2. EL PROYECTO DE UN CÓDIGO	177
3. «NO DESISTEN JAMÁS»	187
VI.	
LA CUESTIÓN SUCESORIA	194
1. LA PRAGMÁTICA	195
2. EL NACIMIENTO DE ISABEL	207
3. LOS SUCESOS DE LA GRANJA	234
4. «QUÉ COSA MENOS PRUDENTE»	248
5. EL JURAMENTO	279
6. «¡DIOS PROTEJA A ESPAÑA!»	310
VII.	
EL NUNCIO Y FERNANDO VII	347
1. LA PRESENTACIÓN DE CREDENCIALES	349
2. LA MUERTE Y LA ELECCIÓN DEL PAPA	351
3. EL NUEVO MATRIMONIO DEL REY	353
4. LA CONCESIÓN DE LA GRAN CRUZ DE CARLOS III	357
5. EL FALLECIMIENTO DEL PÍO VIII	359
6. LA ELEVACIÓN DEL NUNCIO AL CARDENALATO	360
CONCLUSIONES	368
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	374
NOTA PREVIA	375
A. Fuentes manuscritas	376
B. Fuentes impresas	380
C. Bibliografía	381

Bibliografía de la Tesis

NOTA PREVIA

En el presente elenco bibliográfico no figuran todos los documentos y estudios consultados, sino solamente los que aparecieron en la tesis doctoral.

También se ha de tener en cuenta, que algunas de las obras de esta relación están ya superadas en la actualidad por otros estudios –como indicamos a su tiempo–, pero no obstante aparecen aquí por haber sido citadas en este trabajo.

Para la presente publicación, me ha parecido que no era necesario poner al día la bibliografía, sino dejarla tal cual fue aprobada como tesis doctoral. Entre otras, cosas porque los capítulos más importantes –como se verá más adelante– ya los publiqué a su tiempo.

A. FUENTES MANUSCRITAS

I. *Archivo de la Presidencia del Gobierno*

• *Actas del Consejo de Ministros*

Fecha	Tomo		Contenido
29.IV.1827	IV	256-257	Comunicado del encargado de negocios en Roma
29.V.1827	IV	288	Sobre la preconización de varios obispos de América
9.V.1827	IV	289	Consulta urgente a los Concejos
13.VI.1827	IV	293	Que el Nuncio detenga su entrada en España
16.VI.1827	IV	295-296	Proponiendo nombrar a Labrador como representante en Roma
21.VII.1827	IV	313-314	Que el Monarca conteste al Papa
15.IX.1827	IV	383	El Nuncio puede continuar su viaje
27.I.1828	IV	34	Que Labrador pase inmediatamente a Roma
2.II.1828	V	43-44	Aviso a Labrador para que se ponga en camino o sea reemplazado
23.IV.1828	V	155-156	No es posible guardar el secreto en los nombramientos
20.VIII.1828	V	393	El Rey ya hizo lo posible por conservar sus regalías: no dar otro paso
27.XII.1828	V	284	Sobre el nombramiento de Vicarios Apostólicos

II. *Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores*

Fecha	Legajo	Cuaderno	Contenido
12.V.1827	919	13	Carta de León. XII a Fernando VII
21.VI.1827	919	13	Dictamen de los Fiscales del Consejo de Castilla
4.VII.1827	919	13	Despacho de Aparisi a Salmón
4.VII.1827	919	13	Copia de la carta de León XII a Fernando
30.VII.1827	919	13	Copia de la carta de Fernando VII al Papa
30.VII.1827	919	13	Carta del Ministro de Estado al Cardenal Secretario
30.VIII.1827	919	13	Despacho del encargado de negocios en Roma
2.VIII.1827	919	13	Despacho Real a Labrador
1.IV.1828	919	14	Oficio nº 1 de Labrador a Salmón
23.VIII.1828	919	14	Nota de Labrador a Capellari
3.IX.1828	919	14	Despacho de Labrador a Salmón
15.IX.1828	919	14	Despacho de Capellari a Labrador
20.IX.1828	919	14	Escrito de Capellari a Labrador
2.X.1828	919	14	Despacho muy reservado de Labrador al Cardenal Secretario
1.XI.1828	919	14	Despacho de Salmón a Labrador
3.XI.1828	919	14	Carta de Fernando VII a León XII
15.XII.1828	919	14	Despacho de Bernetti a Labrador
6.XI.1830	919	16	Despacho nº 515 de Labrador a Salmón
13.XI.1830	919	16	Despacho nº 5 16 de Labrador a Salmón
6.XII.1830	919	16	Despacho Real de Salmón a Labrador
27.11.1831	919	17	Despacho del Cardenal Bernetti a Labrador
29.IX.1831	919	17	Despacho nº 715 de Ramírez de la Piscina al Secretario de Estado

III. *Archivo Historico Nacional*

Fecha	Legajo	Contenido
27.VI.1827	219	Despacho del Ministro de Estado al Secretario del Consejo
9.VII.1828	218/4	Voto consultivo del Ministro de Estado sobre la preconización
25.VII.1828	219	Despacho del Secretario de Estado al Secretario del Consejo
3.III.1828	219	Despacho de Labrador
11.IV.1828	219/4	Acta del Consejo de Estado
29.IV.1828	219/4	Acta de la sesión del Consejo de Estado
4.VI.1831	219/4	Consulta del Consejo de Estado
29.VII.1832	219/5	Consulta del Consejo de Estado sobre la Constitución Gregoriana

B. FUENTES IMPRESAS

Documentos del reinado de Fernando VII

Arias Teijeiro. Diarios (1828-1831), introducción y notas por A.M. BERAZALUCE, Pamplona 1966.

Pedro Sainz de Andino. Escritos, estudio preliminar y notas por F. SUÁREZ y A.M. BERAZALUCE, Pamplona 1968, 3 v.

El Consejo de Estado (1792-1834), estudio preliminar por F. SUÁREZ, Pamplona 1971.

Los agraviados de Cataluña, estudio preliminar y notas por F. SUÁREZ, Pamplona 1972, 4 v.

Documentos para la historia de las relaciones Iglesia Estado en la España del siglo XIX

Correspondencia diplomática del Nuncio Tiberi (1827-1834), edición, introducción y notas por V. CÁRCEL, Pamplona 1976.

C. BIBLIOGRAFÍA

ALCALÁ, A., *Una pugna diplomática ante la Santa Sede. El restablecimiento del episcopado en México 1825-1831*, Ciudad de México 1967.

ARZADUN, J., *Fernando VII y su tiempo*, Madrid 1942.

ARTAUD DE MONTOR, *Historia de los Soberanos Pontífices Romanos*, IX, Madrid-Barcelona 1860.

BECKER, J., *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX*, Madrid 1908.

CASTILLO Y AYENSA, J. DEL, *Historia crítica de las negociaciones con Roma desde la muerte del rey don Fernando VII*, I, Madrid 1859.

COMELLAS, J.L., *Del Antiguo al Nuevo Régimen*, en *Historia General de España y América*, XII, Madrid 1981.

CUENCA, J.M., D. *Pedro de Inguanzo y Rivero (1754-1835). Último Primado del Antiguo Régimen*, Pamplona, 1965.

DE LA FUENTE, V., *Historia eclesiástica de España*, VI, 2ª ed., Madrid 1875.

DE LA LAMA, E., *La nunciatura en España de Giacomo Giustiniani (1817-1827)*, Tesis Doctoral, Universidad de Navarra, Pamplona, 1982.

DÍAZ, N.P. y CÁRDENAS, F., *Galería de españoles célebres contemporáneos*, Madrid 1841-1846.

GORRICHIO, J., *Los sucesos de La Granja y el cuerpo diplomático*, Roma 1967.

JEDIN, H., *Manual de historia de la Iglesia*, VII, Barcelona 1978.

- JEMOLO, A.C., *Scritti vari di storia religiosa e civile*, scelti e ordinati da F. Margiotta, Milano 1965.
- LEFLON, J., *La Revolución*, en A. FLICH y V. MARTIN (dirs.), *Historia de la Iglesia desde los orígenes a nuestros días*, Edición española bajo la dirección de J.M. Javierre, XXIII, Valencia 1975.
- LETURIA, P. DE, *La Encíclica de León XII*, «Razón y fe», 72 (1925).
— *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica*, Caracas-Roma 1959, 2 v.
- LOVERA, C. y RINIERI, L., *Clemente Solano della Margarita*, I, Torino 1931.
- LLORCA, C., *Los sucesos de La Granja y el Conde Solaro*, «Revista de la Universidad de Madrid» III (1954).
- MARCH, J.M., *La exclusiva dada por España contra el Cardenal Giustiniani*, «Razón y Fe» 98 (1932) 50-64, 337-348; 99 (1932) 4361.
- MORONI, G., *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica*, LXXV, Venecia 1855.
- MUÑOZ, E., *Las preconizaciones de Obispos para la América Española en el reinado de Fernando VII*, Tesis Doctoral, Universidad de Navarra, Pamplona 1971.
- PINEDA, A., *Casamientos Regios de la Casa de Borbón en España (1701-1879)*, Madrid, 1881.
- REDONDO, G., *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, Pamplona 1979, 2v.
- REVUELTA, M., *La Iglesia española ante la crisis del Antiguo Régimen (1803-33)*, en *Historia de la Iglesia de España*, V, Madrid 1979.
- RITZLER, R. y SEFRIN, P., *Hierarchia Catholica medii et recentionis*, Patavii 1968, 8 v.
- RUBIO, J., *Sainz de Andino y la Codificación mercantil*, Madrid 1950.
- SUÁREZ, F *Calomarde y la derogación de la Pragmática de 1830*, «Revista de Estudios Políticos» (1944), 503-554.
- El golpe de Estado de La Granja*, «Revista de Estudios Políticos» XI (1948).
- La crisis política del Antiguo Régimen*, 2ª ed., Madrid 1958.
- La década final*, en *Historia General de España y América*, XII, Madrid 1981.
- La Pragmática Sanción de 1830*, «Simancas, Estudios de Historia Moderna» I (1950).
- La primera posición política de Donoso Cortés*, «Arbor» 16 (1946).
- Los sucesos de La Granja*, Madrid 1953.
- TORRAS, J., *La guerra de los agraviados*, Barcelona 1967.
- VILLA URRUTIA, Marqués de, *España en el Congreso de Viena según la correspondencia oficial de D. Pedro Gómez Labrador, marqués de Labrador*, 2ª ed., Madrid 1928.

I. LA IGLESIA Y ESPAÑA DURANTE LA NUNCIATURA DE MONS. FRANCESCO TIBERI

1. LA IGLESIA UNIVERSAL DURANTE LA NUNCIATURA DE TIBERI

1.1. *El Pontificado de León XII*

En 1823, con Pío VII, desaparecía un Papa cuya actuación había sido decisiva, en unos «momentos verdaderamente críticos para la Iglesia católica en la época contemporánea». Este Pontífice había tenido que hacer frente a los principios revolucionarios, encarnados en la persona de Napoleón Bonaparte. Pero también en «los años difíciles de la Restauración» había logrado salir airoso, manteniendo un equilibrio entre los postulados de la Santa Alianza y las formulaciones liberales, que se mantenían vivas:

«En ambas empresas contó con la ayuda del cardenal Ercole Consalvi, vigorísima personalidad, que contribuyó con eficacia a mantener a la Iglesia Católica fiel a su misión, sin vinculaciones de uno u otro signo, todos ellos equívocos e incompatibles con el carácter sobrenatural de la Iglesia»¹

El 28 de noviembre de 1823 fue elegido Papa Aníbal Della Genga, que escogió como nombre el de León XII. Contaba el nuevo sucesor de San Pedro con una larga experiencia; era relativamente joven (sesenta y tres años), pero de una maltrecha salud.

El cónclave de 1823 significaba una victoria del partido de los «*zelanti*» que, después de haber impuesto su candidato, querían imponer su «programa de absolutismo político y de intransigencia doctrinal». Por eso no era de extrañar que se prescindiera del anterior Secretario de Estado, Cardenal Con-

salvi². La salida de Ercole Consalvi tomó el carácter de un verdadero golpe de Estado. No obstante, con esta decisión de despedir al hombre de confianza de Pío VII, el nuevo Papa no actuaba con espíritu de revanchismo, sino que era una medida que venía impuesta por las nuevas circunstancias que habían originado la derrota de los «*politicanti*».

Consalvi se retiró a su villa de Porto d'Anzio «para gozar de un aire mejor y, sobre todo, para no hablar». Pero poco tiempo después, en diciembre de 1823, León XII lo hizo llamar. El Papa se encontraba tan enfermo que se abrió en esos momentos la campaña para la designación de su sucesor. La audiencia, que duró una hora, estuvo llena de emoción y patetismo, como un último encuentro donde el sentimiento común de una muerte inminente ayudaba a comprenderse. En estas circunstancias el Cardenal expuso con mucha libertad sus puntos de vista. Sus consejos, verdadero testamento, eran estos: apoyarse en Francia, luchar contra los carbonarios, otorgar un jubileo a pesar de los obstáculos que encontrara este proyecto, mostrarse circunspecto respecto a Rusia, proteger a los católicos de América y trabajar por la emancipación de los católicos ingleses.

Gran impacto causaron en el Papa las palabras del experimentado Cardenal Consalvi, pues declaró que nunca había tenido con nadie comunicaciones tan importantes, tan sustanciales y que podían ser tan útiles para el Estado. Una vez que se dio cuenta de la valía de Consalvi, el Papa no quiso privarse de sus servicios y por eso le ofreció la prefectura de la S.C. de «Propaganda Fide».

Después de su elección, Aníbal Della Genga nombró como nuevo Secretario de Estado al zelante Cardenal Giulio Maria Della Somaglia. El nuevo ministro, que debutaba a los ochenta y cuatro años en un cargo tan complejo y tan pesado, no tenía, además, ni la talla, ni la capacidad de trabajo, ni la larga experiencia de su antecesor.

La primera encíclica de León XII –fechada el 3 de mayo de 1824– viene a exponer con claridad el programa del nuevo Pontífice: restaurar la religión y combatir los errores que amenazaban a la fe. Además, inauguraba las condenas doctrinales que alcanzaron en el siglo XIX el indiferentismo y sus dos consecuencias: el tolerantismo y el liberalismo.

Como es sabido, el Cardenal Consalvi había fallecido en enero de 1824, pero su obra persistió, pues León XII sustituía en 1828 a Della Somaglia por Tommaso Bernetti, un antiguo colaborador de Consalvi. «Puede así decirse que en su vertiente exterior, la política de León XII siguió la línea de independencia de su antecesor, en beneficio de la necesaria libertad de acción espiri-

tual de la Iglesia»³. Además el nuevo Secretario de Estado, mucho más joven que Della Somaglia, se mostraba más flexible en su política con las diversas potencias, y era un hombre más emprendedor y jovial

En líneas generales, el pontificado de León XII «representó un cierto equilibrio», pero también parece exacto afirmar que el Papa entendió la restauración proclamada en Viena, y defendida por la Santa Alianza, «como si se tratara de verdad de una restauración plena del Antiguo Régimen»⁴.

1.2. *Pío VIII en la Sede de Pedro*

El 10 de febrero de 1829, tras una tranquila agonía, a los sesenta y nueve años de edad, fallecía León XII, después de seis años de pontificado.

Un mes después, el 31 de marzo, era elegido, como sucesor de San Pedro el Cardenal Francesco Saverio Castiglione, que tomó el nombre de Pío VIII. Había nacido en Cingoli en 1761, de una noble familia emparentada con San Pío V. Era un jurista eminente, y llegaba a soberano pontífice después de una larga experiencia de administración diocesana y de los asuntos de la Curia.

En el cónclave que lo eligió se volvió a repetir la división entre «*zelanti*» y «*politicanti*», triunfando esta vez este último partido.

Inmediatamente después de su elección, Pío VIII, designó como Secretario de Estado al Cardenal Albani, que pertenecía a la escuela de Consalvi y al partido de los «*politicanti*». El nuevo ministro de Su Santidad vino a suceder a Bernetti, a quien Pío VIII consideraba demasiado joven para ejercer un cargo tan difícil. También es verdad que Castiglione quería pagar una deuda de gratitud al Cardenal Albani, que le había protegido en su juventud, y «ha actuado en favor mío en el cónclave de 1823 y ha contribuido a mi elección en 1829»⁵.

Cuando subió a la Sede de Pedro, contaba Pío VIII con 68 años y una salud en extremo debilitada; pero la brevedad de su reinado –moriría en noviembre de 1830– no le ahorraría dificultades. «El impulso revolucionario no solo no había sido quebrantado por las decisiones del Congreso de Viena, sino que se disponía [...] a dar un nuevo asalto a los restos del Antiguo Régimen». Allí donde parecía que la restauración política había sido más plena –en Francia fue también donde se registró la reacción antieclesiástica más violenta– «todo parecía indicar que la unión renovada entre el Trono y el Altar no era el camino ni más seguro, ni más conveniente, ni más exacto. De hecho, Pío VIII recomendó vivamente el episcopado francés que reconociera al nuevo rey constitucional, Luis Felipe de Orleans»⁶.

El pontificado de Pío VIII puede calificarse de prudente y conciliador. Durante su breve mandato, el Pontífice presenció la emancipación de los católicos ingleses y la celebración del Concilio de Baltimore en los Estados Unidos, entre otras cosas. «Además, su buen criterio jurídico le llevó a adoptar una postura firme y clara frente a las pretensiones de Federico Guillermo IV de Prusia»⁷.

1.3. *El Papa Gregorio XVI*

Pío VIII murió el último día de noviembre del año 1830, en un momento especialmente crítico para la historia de Europa. La revolución de julio no solo fue el reconocimiento del triunfo de la burguesía sobre los varios esfuerzos de restauración del Antiguo Régimen en este país, sino que suscitó en Europa una serie de reacciones en cadena. «Esta efervescencia política, por la que pronto fue arrastrada también la Península Ibérica con sus conflictos dinásticos e ideológicos, era solo reflejo de una agitación mucho más profunda de los espíritus»⁸.

El nuevo cónclave se abrió el 14 de diciembre de ese año. Desde el primer momento, los Cardenales Gregorio y Pacca se ponen a la cabeza de las votaciones. Pero también, pronto se ve, que ninguno de los dos obtendrá la mayoría necesaria. Entonces se propondrán candidaturas distintas. Por orden del embajador Gómez Labrador, el veto de España hizo imposible la elección de cardenal Giustiniani, que ya parecía asegurada⁹. El gobierno español no perdonó al antiguo nuncio en Madrid haber contrariado su política religiosa en América, favoreciendo el establecimiento de una jerarquía nueva en las sublevadas colonias. Los partidarios «*zelanti*» de Gregorio y de Giustiniani se volvieron entonces hacia el camaldulense Mauro Cappellari. Por fin, en febrero es elegido por más de dos tercios del Sacro Colegio.

Bartolomé Alberto Cappellari, fray Mauro en religión, había nacido el 18 de septiembre de 1796 en Belluno, Venecia. Dieciocho años después, ingresó en los camaldulenses, consagrándose a los estudios teológicos. En 1805 sería designado abad del convento romano de San Gregorio al Celio, y poco más tarde procurador general de su orden. Por fin León XII en 1826 lo creó Cardenal y Prefecto de «*Propaganda Fide*»¹⁰.

«Con Gregorio XVI se abre la serie de los grandes Papas contemporáneos, de resonantes intervenciones doctrinales y largos pontificados (...) su nombre se encuentra –junto con otras muchas empresas– estrechamente asociada a la condena del Liberalismo mediante la encíclica *Mirari vos* (15-VIII-1832)»¹¹.

Otro de los problemas que se le planteó al nuevo Papa es la difícil actitud que debía tomar frente a los gobiernos nacidos de la revolución. El soberano pontífice no podía rechazar toda la relación con los Estados nacidos de la insurrección. Pero reconociéndolos correría el riesgo de aprobar alianzas muy dudosas, firmadas por partidos anticristianos; y consagrar el derecho a la insurrección y de violar la legitimidad.

La solución del problema vendría dada por la bula *Sollicitudo ecclesiarum* de 7 de agosto de 1831. La Santa Sede negociaría, sobre todo, para la provisión de obispos, con los gobiernos «de hecho», pero con esa actitud no se pretendía hacer ningún tipo de confirmación de su legalidad. Era un reconocimiento «de facto» pero no «de iure».

Gregorio XVI, que por sus anteriores cargos era un «buen conocedor del mundo extra europeo, supo encauzar también las relaciones con las nuevas naciones que habían surgido en América y dio un impulso acertado al movimiento misional»¹².

Desde los primeros momentos de su pontificado, el Papa se encontró con una insurrección casi generalizada en los Estados Pontificios. Gregorio XVI intentó dominar la situación quitando de la Secretaría de Estado al cardenal Albani, y colocando a Bernetti. Tommaso Bernetti era un hombre enérgico e inteligente, que como gobernador de Roma y director de la policía, había mostrado sus buenas facultades. Era además antiguo colaborador y de la misma tendencia que Consalvi.

Finalmente la vigorosa salud de Gregorio XVI se vio debilitada a principios de 1846. Después de recibir los últimos sacramentos, moriría el 1 de junio de ese año.

2. LA VIDA ESPAÑOLA EN LOS AÑOS 1827-1834

Después de la llegada a España del duque de Angulema con los Cien Mil Hijos de San Luis, comenzará el último período del reinado de Fernando VII, conocido con el nombre de «ominosa década». Se puede decir que el acto inicial de esta nueva etapa fue la firma por parte del monarca del «Manifiesto de 1 de octubre de 1823», que anulaba todas las disposiciones del gobierno constitucional desde el 7 de marzo de 1820. El Rey declaraba que en toda esa época había carecido de libertad¹³.

En marzo de 1827 comenzaría la guerra de los agraviados de Cataluña, que fue, probablemente, la sublevación más difícil de apagar de toda la «déca-

da». Entre los realistas existía un gran descontento. Se quejaban de abusos, injusticias y vejaciones que, aunque repetidamente fueron denunciadas, no eran atendidas. También hablaban en sus proclamas, de la falta de libertad del Rey, de las arbitrariedades en la administración de justicia, de los abusos en materia de hacienda, y de policía. En el terreno de los hechos, la sublevación comenzó con el intento de sorprender la ciudad de Tortosa, para poner en libertad a unos realistas detenidos. En los dos primeros meses las partidas fueron esporádicas y en mayo, junio y julio, se fueron multiplicando. Hasta que estalló la gran sublevación de agosto, ocupándose Vich, Manresa, Berga, Cervera...¹⁴.

No tuvieron mucho éxito las pastorales que los obispos del Principado dieron condenando la insurrección, ni tampoco sus amonestaciones a los párrocos y religiosos, con el fin de que se predicasen la concordia. Tampoco darían resultado las operaciones militares.

En el mes de septiembre los sublevados entraban en las pequeñas ciudades cuando se veían desalojadas por el ejército, incapacitado para ocupar todas. Las partidas se paseaban por la región, llegando incluso a Valencia. La situación era muy difícil. Tanto es así que el Rey, decidió ir personalmente a Cataluña. Esta sería la medida más eficaz, pues tan pronto como Fernando VII invitó a deponer las armas, la insurrección comenzó a deshacerse. Al llegar a Tarragona, el Rey prometió escuchar «las reclamaciones», una vez que los sublevados abandonaran la lucha. Fue precisamente a partir de este momento cuando las fuerzas de los agraviados se disolvieron: el 10 de octubre todo está prácticamente terminado.

Se realizaron investigaciones y se acusó al clero¹⁵, aunque hoy se sabe que esto era una exageración, pues el número de los clérigos no era muy elevado, ni la actuación de unos pocos puede generalizarse a todos: se conoce actualmente la cifra de 29 religiosos, y 19 seculares. Por su parte, los Obispos intervinieron, pero no del lado de los insurrectos, sino que publicaron pastorales con la intención de apartar a los fieles de aquella empresa.

Tampoco parece que don Carlos y sus seguidores alentaron esta insurrección, pues las fuentes que poseemos no dan el menor indicio de ello. Lo que se sabe con seguridad es que los sublevados eran de condición modesta, no de gran cultura, y los motivos que les habían llevado a esta acción, casi desesperada, eran ciertos.

Por fin, en septiembre de 1828, se inició la evacuación de las tropas francesas que guarnecían Cádiz, y que en total sumaban 7.500 hombres.

Fue también en 1828 cuando se le encargó a Sainz de Andino la creación de un «Código de Comercio». Aquel era un antiguo afrancesado y constitu-

cional que ya estaba incorporado, al igual que muchos otros, a la vida nacional. El Rey aceptó el proyecto de Andino y mandó por un decreto de octubre de 1829 que entrase en vigor el 1 de enero de 1830.

La tercera esposa de Fernando VII, María Josefa Amalia, murió el 18 de mayo de 1829. Esto supuso un hecho importante para la cuestión sucesoria. Hasta aquel momento, el sucesor legal del rey Fernando en el trono era el infante don Carlos. Debido a la esterilidad de la Reina parecía que esto seguiría así. Pero al morir María Josefa el porvenir se presentaba inseguro. Si el Rey contraía nuevas nupcias, cabía la posibilidad de que tuviera hijos, y entonces don Carlos quedaría desplazado de la línea sucesoria. Esta posibilidad produjo temor entre los realistas, que tenían centradas en el infante sus esperanzas, pero para los liberales, esa variación presentaba óptimas posibilidades: quizá una Reina más afecta a los principios liberales que la anterior, y tal vez la sucesión directa que alejaría del trono a don Carlos.

El Rey, que había deseado desde siempre tener descendencia, vislumbró esta posibilidad, y decidió entonces contraer un cuarto matrimonio. El día 6 de junio comunicaba de forma oficial su proyecto al Consejo de Ministros sin haberse celebrado todavía las exequias por la Reina María Josefa Amalia. Lo precipitado de esta decisión se debía a la situación política, y a los 45 años y achaques del monarca.

Respecto a la elección de la nueva Reina, eran muchos los intereses en juego. Estaban en primer lugar los de la familia real. Eran conocidas las desavenencias entre las cuñadas del Rey, que rivalizaban por influir en la Corte. Por un lado, la infanta napolitana Luisa Carlota, esposa de don Francisco de Paula, y por otro, la infanta portuguesa María Francisca de Asís, esposa de Don Carlos, apoyada esta última por su hermana María Teresa, princesa de Beira, viuda del infante don Pedro. En torno a la infanta napolitana figuraban los moderados y filoliberales, mientras que en el círculo de las infantas portuguesas se movían los realistas. Estos últimos propusieron como candidata a una princesa de Baviera y otra de Cerdeña, que fueron desechadas. Por el contrario, la infanta Luisa Carlota, apoyada por los moderados –que a su vez eran utilizados por los liberales–, presentaba como futura reina a su propia hermana María Cristina, que contaba con 23 años de edad. Finalmente, el Rey se decidió a favor de esta.

La futura reina era sobrina de Fernando VII, hija de su hermana María Isabel y del rey de Nápoles Francisco I. Procedía de una familia y un régimen absolutista y, aunque educada en esos principios, no parece que, en aquel momento, tuviese una opinión política propia.

El 9 de diciembre, en Aranjuez, se celebraron los desposorios, y la nueva Reina hizo su entrada en Madrid el día 11, siendo recibida por el pueblo con auténtico entusiasmo.

Se ha dicho que «Fernando VII hizo una revolución completa dictando una sola ley»¹⁶. Esta era la que iba a cambiar la situación de las fuerzas políticas, mudando el mecanismo de sucesión. En efecto, con fecha 29 de marzo de 1830, apareció publicada en la *Gazeta* del día 3 de abril, la «Pragmática Sanción». Por esta se volvía al orden de sucesión fijado en las «Partidas», lo que significaba que si el Rey tenía hijos, aunque no fueran hombres, iban a sucederle. Sin duda fue la nueva familia del Rey quien hizo presión sobre el Monarca. Las súplicas de María Cristina, las instancias de Luisa Carlota y de María Isabel, hermana de Fernando VII, y madre de las anteriores, movieron la voluntad del Rey. Lo que se trataba era de prever la posibilidad de que la Reina diera a luz una niña.

No deja de llamar la atención el hecho de que, cuando la segunda mujer del Rey estuvo encinta, no recordó nadie la ley que fue acordada reinando Carlos IV y que no se publicó. Pero la situación española había cambiado, y en 1818 no se veía tan peligrosa la sucesión de don Carlos, como en 1830 el partido opuesto al infante la veía.

En torno a la *Pragmática* existían en España intereses encontrados. Buena parte de los realistas estaban enfrente de toda alteración de la ley sucesoria, por el interés que tenían que don Carlos ciñera la corona. Los liberales, por el contrario, deseaban la modificación porque era el único camino para lograr sus deseos de eliminar al infante, definitivamente. Además existía la posibilidad de que una menor fuera reina, lo que les daba un margen de actuación más grande. María Cristina, joven, sin experiencia política, ni conocimiento del país ni de sus leyes se veía halagada por el hecho de que, en cualquier caso, su descendencia reinara en España. No tenía la Reina más persona con quien confiarse que su hermana Luisa Carlota, a cuya experiencia de los asuntos de España se entregaba.

El 10 de octubre de 1830 María Cristina dio a luz a la primera hija del Rey, que llevaría el nombre de Isabel II. El año 1832 trajo dos novedades: el nacimiento de la segunda hija de Fernando VII, Luisa Fernanda, y un cambio de gobierno. González Salmón falleció el 18 de enero a los 54 años de edad, habiendo presidido el más largo gabinete de Fernando VII. Dos días más tarde de su muerte, un real decreto nombró Ministro de Estado al Conde de la Alcudía. Su nombre era Antonio Saavedra y Joffré, marino de profesión, que había estado en Londres como Embajador plenipotenciario desde 1826 hasta 1828. Al hacerse cargo del Ministerio tenía 55 años.

El día 14 de septiembre de 1832, la enfermedad del Rey se agravó, de manera que hacía previsible su muerte. También se encontraban en el real sitio de La Granja los ministros de Estado y, Gracia y Justicia, conde de Alcudia y Calomarde, respectivamente. Estaban en permanente relación con la Reina por los negocios del Gobierno. Asimismo estaba en constante relación con María Cristina el barón Antonini, Embajador de Nápoles, alojado en ese mismo lugar.

El día 18 de septiembre la situación se presentaba muy difícil. Durante los cuatro días anteriores los ministros habían puesto en juego todos los resortes para resolver un problema acuciante: que la sucesión femenina quedara libre de todo peligro, sin perjuicio alguno para la tranquilidad del Reino. «Después de sus esfuerzos se encontraron con la más absoluta certeza de que la Pragmática no se podía sostener sin derramamiento de sangre»¹⁷. Solamente quedaban dos caminos incompatibles: derogación o guerra civil. Debido a que las gestiones con el infante don Carlos no dieron resultado, el deseo de los Reyes fue derogar la Pragmática con un decreto, que sería redactado por Calomarde, ministro de Gracia y Justicia, y por lo tanto notario mayor de los Reinos.

Calomarde había aconsejado la derogación, aunque tomó las medidas necesarias para que en el caso de que el Rey siguiera viviendo quedara despojada de todo valor. Pero esto significaba su ruina política, pues ni a carlistas ni a liberales iba a ser grata su persona. El decreto que anulaba la Pragmática se firmó, aunque poco tiempo después sería destruido.

Las noticias que existen desde los días 18 de septiembre al 1 de noviembre son confusas. Pero se conoce la existencia de una junta que funcionaba en Madrid –quizá desde unos días antes– con el propósito de mantener la Pragmática a toda costa. La componían moderados y revolucionarios, siendo los hermanos Carrasco, Juan y Rufino, los que tuvieron la parte práctica y revolucionaria, que se llevaría a término felizmente. El «golpe de Estado de la Granja» contó con la protección del ministro de la Guerra, Marqués de Zambrano, gracias a cuya colaboración dispusieron de fuerzas militares. La Junta revolucionaria reclutó gentes y las dotó de armas con las que emprendieron el camino de La Granja, y recorrieron las calles del real sitio, gritando vivas a María Cristina e Isabel. Mientras tanto los moderados, nobles y grandes, acudían también allí a ofrecer a la Reina sus servicios contra don Carlos y la sucesión masculina. Todas las medidas indicadas por la Junta –especialmente las de orden político– se tomarían al pie de la letra: se destituyó a los ministros que componían el Gabinete, se nombró en su lugar a los que propusieron los directores del golpe de Estado, se formó expediente a los dimisionarios... Se cumplieron hasta los detalles más pequeños: fecha designada para el cambio de

ministerio –1 de octubre–, destierro de Calomarde precisamente a 40 leguas de la Corte y sitios reales...

El 4 de enero de 1833 Fernando VII volvió a asumir el gobierno, asistido por su esposa María Cristina. Desde ese momento, hasta la muerte del Rey en el mes de septiembre, hay varios acontecimientos importantes: la efervescencia de los bandos políticos, el destierro de don Carlos, cambios en el Gobierno y la jura de Isabel como princesa de Asturias. Ahora solo apuntaremos esos hechos, que en su momento serán expuestos con más detalle, y que van a configurar el último año de la «ominosa década», que terminará el 29 de septiembre con el fallecimiento de Fernando VII, por un ataque de apoplejía. Pero cinco días después, el 4 de octubre, el administrador de Correos de Talavera de la Reina levantaba la bandera de don Carlos y comenzaba la primera guerra contra el régimen nacido en el último año del reinado de Fernando.

Ciertamente la vida religiosa de España en esta época está muy bien descrita por Tiberi:

«La masa del pueblo conserva la religión. Muchos nobles no la han olvidado. Los religiosos muestran un espíritu excelente, el conjunto de los obispos es respetable por todos los títulos, pero en el clero bajo y en los curas rurales hay mucha ignorancia. Muchos acusan escándalo por su conducta o por su embriaguez. Antes, las prevendas eclesiásticas se otorgaban al mérito y a la virtud, pero ahora, prevalece la intriga de los canónigos. Entre los monjes y frailes hay personas dignísimas, pero no faltan ambiciosos, intrigantes, excitadores de discordia y propensos a recurrir al Consejo de Castilla. Los que abandonaron el hábito religioso son malos en su mayor parte y llevan un vestido indecente; lo peor es que estos hallan protección y los obispos sufren y callan»¹⁸.

II. TIBERI, NUNCIO EN ESPAÑA

Este capítulo fue publicado en 1997 en *Iglesia y poder público: actas del VII Simposio de Historia de la Iglesia en España y América*, Sevilla, 13 de mayo de 1996¹⁹.

1. LA CARRERA DE FRANCESCO TIBERI

El propósito de realizar un estudio biográfico de Francesco Tiberi se escapa de nuestras intenciones. Más que atender al perfil psicológico del Nuncio, a su conducta, y a otros detalles de su vida que están lo suficientemente estudiados, se ha procurado conectar los testimonios de Tiberi, contenidos en sus despachos, con la realidad histórica española. No obstante, interesa conocer algu-

nos aspectos de su existencia, con los que se pueda situar con mayor facilidad la numerosa documentación que nos ha legado. Por eso seguidamente pasaremos a detallar de forma breve los hitos más sobresalientes de la vida del Nuncio²⁰.

Francesco Tiberi nació el 4 de enero de 1773 en Contigliano, lugar de la Sabina perteneciente entonces a la delegación de Rieti. Era descendiente de una familia patricia reatina.

Consigue el doctorado en derecho canónico y civil el 17 de marzo de 1795 (22 años) y, pocos meses después, entró al servicio de la Santa Sede como refendario de la Signaturas de Gracia y Justicia.

Fue nombrado por Pío VI (1775-1799) consultor de las Congregaciones de Indulgencias y Sagradas Reliquias y ponente de la Congregación del Buen Gobierno.

En 1800 (27 años) el nuevo Papa Pío VII le nombró votante de la Signatura de Justicia y, más tarde, Canónigo de Santa María la Mayor.

El 2 de noviembre de 1806 (33 años) fue ordenado subdiácono. Encarcelado en Piacenza por las fuerzas napoleónicas en 1809 (36 años), sería desterrado posteriormente a la isla de Córcega. En 1814 (41 años) fue nombrado protonotario apostólico.

En torno a 1815, fue nombrado Delegado Apostólico extraordinario con amplísimas facultades en Macerata, Camerino y Loreto, y el año 1816 (43 años), prelado auditor de la Sagrada Rota Romana. Estuvo 10 años ejerciendo la carrera judicial; en 1823 (50 años) fue nombrado consultor de la Congregación de Ritos y regente de la Penitenciaría Apostólica.

En 1826 (53 años), siendo subdiácono, León XII le preconizó Arzobispo titular de Atenas; y, el 9 de enero de 1827, asistente al solio pontificio y nuncio en España. En 1831 (58 años), cardenal *in pectore*, al año siguiente sería declarado Cardenal y Obispo de Iesi. Regresó de España en 1834, a los 61 años; en 1836 vuelve a Iesi y renuncia por motivos de salud; en 1837 (64 años) es prefecto de la Signatura de Gracia, y protector de los mercedarios.

Muere en Roma a los 66 años de edad la noche entre el 28 y 29 de octubre de 1839, siendo enterrado en su iglesia titular de San Esteban en el monte Celio.

2. TIBERI EN EL SUELO ESPAÑOL

El 20 de mayo de 1826, *«el encargado de Negocios de España en Roma, Sr. Curtoys, participó al Ministro del Estado que el Secretario de Su Santidad le había pasado una Nota, fecha 8 del mismo mes, manifestándole que acercándose el momento*

de conceder la sagrada púrpura al Nuncio Giustiniani en Madrid, entre otros, el Papa había fijado su vista en cuatro sujetos para elegir entre ellos el nuevo Nuncio y deseaba conocer cuál sería más grato a S.M., creyendo que Monseñor Francisco Tiberi, Auditor de la Sacra Rota Romana, era, por su doctrina, experiencia, piedad, y demás prendas personales, el más a propósito para el caso. 'Me parece –dice Curtoys– que pueda ser el más conveniente y a propósito para el caso Monseñor Tiberi, que Su Santidad propone el primero, el cual tiene más de 50 años de edad, y diez de Auditor de la Sacra Rota Romana, en la que ha desempeñado siempre y desempeña sus atribuciones con mucho aplauso, integridad y rectitud, procurándole su conducta la reputación de docto, justo y firme, de modo que su voto en el tribunal de la Rota es de los de mayor peso»²¹.

Tiberi llegó a la frontera española el día 16 de junio de 1827. Serían las siete y media de la tarde cuando arribó a Irún. El viaje hasta este punto había sido sin problemas. Pero en la mañana del día 17 el comandante de la plaza le hace saber que tiene órdenes para que detenga la marcha²².

Se le entrega al Nuncio un despacho fechado el 14 del mismo mes por el ministro secretario de Estado González Salmón. Este comunica que hasta la resolución de «*un grave negocio*» hecho saber a Fernando VII por el Papa León XII, conviene la supresión de la entrada²³. Tiberi desconoce el fundamento de tal decisión que resulta bastante sorprendente y hasta escandalosa, no solo para Nuncio²⁴. Pero dice que se cree que el «*nombramiento de los obispos de América, comunicado con la carta de Su Santidad al rey católico*» es la causa²⁵.

Efectivamente, en el consistorio de 21 de mayo de 1827 el Papa preconizó Obispos para América sin contar con el patronato regio. Un mes antes, el 4 de abril, el Encargado de Negocios en Roma participó al Ministro de Estado español que se había enterado del proyecto de preconizar Obispos para América, y que había hablado con el Cardenal Secretario de Estado diciéndole que esos Obispos habían sido propuestos siempre a la Santa Sede por el Rey, que es el que tenía el derecho de presentarlos y, que hasta ahora no había renunciado a él²⁶.

El Papa escribió antes del consistorio, el 12 de mayo, una carta al Rey. El Secretario de Estado, Cardenal Della Somaglia envió una copia de esta al Auditor de la Nunciatura Francisco Campomanes, con la orden de entregarla a Fernando VII.

«La carta del papa, como informaría el nuncio en París, Lambruschini, a Roma se había entregado *a escondidas y de un modo ofensivo*. El Rey no tenía noticias de Roma sobre este tema, desde hacía dos meses y ellas no informaban

de lo que había pasado realmente. En Madrid no había nuncio a quien elevar una protesta y diese alguna explicación. Y, lo más importante, el contenido de la carta iba en contra actitud mantenida por el Rey, desde que comenzaron las luchas de la independencia Americana respecto a las Indias en el tema de los obispos, preferiría verlos privados de ellos *para que sientan más a desgracia de la separación, se rebelen contra sus Gobiernos y vuelvan al dominio de su legítimo soberano*»²⁷.

3. EL NUNCIO RETROCEDE A BAYONA

Fernando VII escribió una carta al Papa fechada el 4 de julio de 1827. Entre otras cosas decía:

«El nombramiento de un Embajador Extraordinario y plenipotenciario Mio cerca de V.M. me ha parecido el medio más digno y oportuno para allanar las diferencias y asegurar los intereses de la Santa Sede y de la Corona de España que son inseparables en los negocios de América. Si esta medida parece bien a V. Santidad, no habrá nada que impida la presentación del Nuncio en Mi Corte»²⁸

Tiberi tiene que retroceder a Francia. Allí conoce por medio del *Conde Solaro de la Margarita* que existe un proyecto por el que *Gómez Labrador* se traslada desde París, donde estaba, hasta Roma, «*como embajador extraordinario para tratar del actual conflicto*»²⁹.

El Conde Solaro era el Embajador de Cerdeña en Madrid y amigo íntimo del Cardenal Giustiniani. La Secretaría Vaticana de Estado lo tenía como hombre de confianza, en Madrid, durante el verano de 1827, es decir, desde que salió Giustiniani hasta la llegada del nuevo representante pontificio³⁰.

Un asunto causará dolor a Francesco Tiberi mientras se encuentra en Bayona: que las autoridades españolas decidieran tenerle fuera de España, con la afrenta que ello suponía y no trataran los problemas directamente con él.

Por su parte, el Nuncio desde este «exilio» no deja de alabar a quienes en la Península defienden los intereses de la Santa Sede. Este es el caso del Obispo de León, Joaquín Abarca y Blanqué, miembro del Consejo de Estado, amigo y paisano del Ministro Tadeo Calomarde.

Una vez descubierto que el motivo del «*enfado español*» es la creación de los Obispos en América, el Nuncio rechaza con dureza todas las murmuraciones de los Ministros de su Majestad que afirmaban que los electos Obispos

de Colombia son personas de «*mala*» calidad. El Nuncio estima que estos son pretextos para sorprender al Monarca católico³¹.

Espera pacientemente la llegada de la *lettera d'invito* para poder entrar en España, que se retrasa «*gracias a la lentitud con que se procede*», según escribe el día 19 de septiembre³².

4. LA GUERRA DE LOS AGRAVIADOS

Mientras tanto, el panorama interno en España está muy deteriorado. Una auténtica guerra civil se está librando en la región catalana. Esta revuelta se conoce con el nombre de «sublevación de los agraviados». En ella, «diversas partidas de realistas catalanes, a veces muy numerosas, mandadas por antiguos oficiales del ejército voluntario que en los años del trienio combatió a los liberales, se sublevaron contra el gobierno, dando lugar a unos encuentros, con las tropas regulares, ocupando algunos pueblos y villas, amenazando ciudades, y llegando a revestir caracteres tan sumamente graves que hizo necesaria la presencia del Rey en el teatro de los acontecimientos para poner fin a la sublevación y pacificar al Principado»³³.

Desde fuera de España Francesco Tiberi escribe el 14 de agosto de ese año:

*«Cada día se hace más seria la insurrección de Cataluña. Estos bandidos gritan viva el Rey, muerte a los liberales; tienen por estandarte la imagen de la Santísima Virgen, pero después cometen homicidios y latrocinios. Lo peor es que el Gobierno español se muestra indolente y el alboroto crece de forma excesiva. Contrariamente, los facciosos demagogos de Portugal son contenidos en virtud de la firmeza que finalmente despliega aquel Ministerio»*³⁴.

En vista de que la insurrección tomaba cuerpo, el Capitán General de Cataluña decidió llamar la atención de los Obispos del Principado. A causa de uno de estos llamamientos de la autoridad gubernamental, el Obispo de Gerona, don Dionisio Castaño, dirigió una Circular a sus diocesanos haciéndoles saber que la guerra se extendía por el país y que no debían dejarse engañar:

«Todo el que conspira contra el Rey Nuestro Señor, contra la autoridad de los que gobiernan en Su Nombre o contra el actual forma de Gobierno, es un

traidor que merece el odio y la execración de sus conciudadanos. Ese crimen es tan abominable por su naturaleza que jamás pudiera extenderse si no se cubriera y disfrazara con la capa de virtud: y ved aquí justamente el carácter particular que distingue la funesta reunión que hoy nos aqueja». Los sublevados eran «unos profanadores de la doctrina del evangelio que mandan sin restricción alguna dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César... Creedme, por Dios, queridos hijos: nada hay que pueda justificar, ni aún excusar, su conducta. Y entended que hasta los augustos nombres de Jesús, de María y de Fernando VII, Rey Absoluto, que ellos pronuncian y proclaman, quedan profanados en sus labios»³⁵.

En ese mismo mes, y en el día 22 de agosto, Tiberi escribe en uno de sus despachos que el monarca suspendió el cargo de superintendente general de policía, uniendo sus atribuciones al Ministerio que ocupaba Calomarde; el Sr. Recacho, que ostentaba aquel puesto, fue confinado a Oviedo. *«Por una rápida salida de la capital del Reino ha podido salvarse del furor del pueblo. Este señor desplegaba todo su rigor contra los Obispos, contra el Clero, contra los realistas. En una palabra, perseguía a las personas más respetables mientras que era protector de los sectarios»*³⁶

Más adelante, el día 3 de septiembre, Tiberi escribe que mucho se hablaba en Madrid del cambio de Ministerio y de restablecer el tribunal de la Inquisición: que una y otra petición era apoyada por los catalanes en armas, que estaban más atrevidos después del exilio del «intendente general» de policía. *«Los Obispos de la provincia –decía el Nuncio– han sido encargados por parte del Gobierno de insinuar a los pueblos la calma, la subordinación porque se reconoce en los momentos de necesidad que la religión es el más fuerte vínculo que une a los súbditos con el soberano»*³⁷.

A mediados de este mismo mes de septiembre, el Nuncio apunta que la insurrección es enorme, y que hay poca esperanza de reprimirla con los efectivos que se han enviado. Añade que hay peligro *«más de un motivo existe»* – que en otras provincias se preparen iguales revueltas³⁸.

Uno de los últimos despachos escritos por Francesco Tiberi en tierras francesas fue al Cardenal Della Somaglia. Le dice que el Rey partió de improviso de El Escorial para dirigirse a Tarragona porque *«vuole da se stesso riconoscere la causa de ‘torbidi di Catalogna’»*³⁹.

Con este escrito el Nuncio envía también el decreto real del 18 de diciembre, que publicaba la Gaceta extraordinaria de Madrid en el número 113, el miércoles 19 de septiembre de 1827⁴⁰.

5. TIBERI PUEDE ENTRAR EN ESPAÑA

Por fin en Bayona, el día 27 de septiembre después de tres meses de obligada espera, recibe la comunicación del *signor ministro Salmón* autorizándole a proseguir el viaje, en nombre de su Majestad⁴¹.

Esta medida fue propuesta a Fernando VII por el Consejo de Ministros celebrado el día 15 de ese mismo mes, como revela la lectura de las actas de aquella sesión:

«También examinó el Consejo, los despachos del Encargado de Negocios de S.M. en Roma y la contestación dada por el Cardenal Secretario de Estado a las comunicaciones que se hicieron a aquella Corte sobre la preconización hecha por S.M. para algunos Obispos de América, y conocida la disposición del Sumo Pontífice a recibir el Embajador nombrado por S.M. y sus deseos de que fuese igualmente admitido su Nuncio en esta Corte, acordó el Consejo proponer a S.M. se expida orden a don Pedro Labrador para que inmediatamente pase a su destino, y que al propio tiempo se insinúe al referido Nuncio que pueda continuar su viaje a Madrid, encargándole a aquel sostenga los derechos y prerrogativas de S.M. comprometidos en estas circunstancias, conforme, a las instrucciones que se le darán al efecto, con lo que concluyó la sesión»⁴².

Por fin Tiberi dice en un despacho dirigido al Secretario de Estado, y fechado en la capital de España el 7 de octubre de 1827: «*Ya estoy finalmente en Madrid*».

III. LA CUESTION SUCESORIA

Este capítulo fue publicado en 2008 en *La libertad de conciencia: actas del XVII simposio de Historia de la Iglesia en España y América*, Academia de Historia Eclesiástica, Sevilla, 15 de mayo de 2006⁴³.

1. LA PRAGMÁTICA

El día 3 de abril de 1830 escribía Tiberi a la Secretaría de Estado Vaticana:

«Una pragmática publicada antes de ayer por orden de Su Majestad Católica relativa a la sucesión de las mujeres al trono de España fomenta muchas discusiones, y Dios no quiera que sea causa de discordia y división entre don Carlos y el Rey; o entre el pueblo, por los diversos partidos»⁴⁴.

La Pragmática de 1830 era la publicación de un acuerdo de las Cortes de 1789, que suponía la vuelta a la Ley de las Partidas y al derecho de las hembras a la sucesión⁴⁵.

La promulgación de esta Ley no es un acto más en la historia del reinado de Fernando VII. Se puede decir que fue un hecho decisivo que originaría el paso del Antiguo al Nuevo Régimen en España. Este asunto, seguido muy de cerca por sus contemporáneos, planteó en algunos de ellos la duda sobre su legalidad⁴⁶.

No resultará ocioso que ahora nos detengamos a estudiar sus antecedentes. Siguiendo a Federico Suárez, especialista en estos años:

«Podemos decir que el advenimiento de los Borbones trajo consigo modificaciones profundas en la constitución política de la Monarquía española. Particularmente importa ahora hacer referencia a la alteración que se hizo de la Ley sucesoria durante el reinado del primer Borbón y la suerte que posteriormente siguió esta Ley Fundamental de la Monarquía hasta el momento en que María Cristina dio ocasión a que se modificara de nuevo con la publicación de la Pragmática de 1830.

Felipe V, en 1713, prácticamente terminada ya la guerra de Sucesión, determinó alterar el orden de suceder a la Corona vigente hasta entonces. La alteración consistió en sustituir la Ley de Partidas según la cual podían suceder las hembras, por la Ley Sálica, en la que estaban excluidas en tanto hubiera varones en las líneas directa o colateral, cualquiera que fuese su grado de parentesco. La modificación –y este pormenor es importante– se hizo de i acuerdo con las Cortes. El fin que se propuso el primer Borbón en esta reforma de una Ley fundamental fue, al decir de Desdévise du Dezert, alejar el peligro de que llegara a reinar en España un príncipe extranjero.

La nueva Ley sucesoria no sufrió alteración alguna hasta que, en tiempos de Carlos IV, se vuelve a discutir. A fines de mayo de 1789 el Rey había dirigido a las ciudades una circular convocando Cortes para la jura del Príncipe heredero D. Fernando, pidiendo los poderes necesarios para que los procuradores pudieran hacerlo ‘y para tratar, entender, practicar, conferir, otorgar y concluir por Cortes otros negocios, si se propusiesen, y pareciese conveniente resolver, acordar y convenir para los fines referidos’. El 23 de Diciembre se juró al Príncipe. Días más tarde, el 30, en una sola sesión celebrada en el Palacio del Buen Retiro, los procuradores votaron la alteración de la Ley Sucesoria, reponiendo nuevamente la de Partidas. El Rey, sin embargo, no ordenó expedir la correspondiente Pragmática y el acuerdo no pasó de tal, no llegando a tener forma de Ley, ni –aunque la hubiera tenido– fuerza alguna, toda vez que no se publicó.

En 1805 apareció la Novísima Recopilación, en la cual se recogía la Ley Sucesoria de 1713, sin hacer mención ni alusión alguna al acuerdo de las Cortes de 1789, acuerdo que, por mandato expreso, debía mantenerse rigurosamente secreto hasta que el Rey dispusiera lo contrario»⁴⁷.

Una vez que hemos examinado los antecedentes de este hecho trascendental, conviene que oigamos la voz del Nuncio, testigo cualificado de esos años:

«Según la antigua y primitiva legislación, reinaría el más cercano al último poseedor del trono. En alguna ocasión se ha preferido a un hermano antes que a los hijos del difunto príncipe, viviendo el padre de aquellos, y abuelos de estos, porque no se les reconocía a los nietos del soberano el derecho de representación.

Posteriormente, en una ley emanada en la ciudad de Toro, cesó el absurdo de llamar a un candidato en línea transversal perjudicando a los descendientes en línea recta.

Las mujeres eran admitidas en ausencia de varones en la familia reinante.

Felipe V el 10 de mayo de 1713 introdujo un nuevo orden de cosas: las mujeres quedarían excluidas cuando hubiera varones en cualquiera de las líneas. En definitiva se quería con esta una primogenitura regular, y conservar en lo posible la agnación.

Carlos IV en 1789 mostró su deseo de llevar a la práctica el sistema vigente antes del año 1713, pero se ignora la causa por la que no se sancionó, ni se hizo pública esta disposición. Fernando VII ha seguido conformándose con la voluntad de su augusto padre.

Su Majestad subió al trono mientras la sucesión se regulaba según el prescrito de Felipe V. El infante don Carlos se unió en matrimonio con una princesa portuguesa y tuvo tres hijos varones bajo el imperio de esa misma ley.

Felipe V, por conquista, era jefe y principio de una nueva dinastía: tenía el derecho de cambiar. Se trata de leyes fundamentales que no se pueden revocar; no es lícito, tampoco lesionar el derecho adquirido por terceros en el tiempo intermedio. Por otra parte Fernando VII está obligado a respetar dicha pragmática para ejemplo de sus sucesores.

La opinión contraria responde a esto que en España el monarca es absoluto. Los consejos, las Cortes no tienen nada más que voto consultivo. La voluntad del rey tiene fuerza de ley. Felipe fue declarado sucesor en el testamento de Carlos II. Vino con las armas a sostener los derechos adquiridos por la última voluntad de éste. ¿Cómo podía aquel derogar la legislación antigua? Su Majestad ahora no hace más que ponerla a la vista.

¿Qué derecho adquirido puede pertenecer al infante y a sus hijos, sino uno incierto, eventual?

La joven reina está grávida. ¿Quién puede adivinar qué nacerá de ella?

En fin la historia da a conocer los cambios hechos por el rey en la ciudad de Toro, o en las llamadas partidas, y se obedeció sin discusión»⁴⁸.

Hasta aquí el representante pontificio expone los argumentos a favor y en contra, sin ninguna pasión y con un cierto laconismo que recuerda a los escritos jurídicos. Señala las razones que aportan las dos partes en litigio. Unos terminan su argumentación diciendo que Fernando tiene que respetar la ley de su antecesor, otros dicen en cambio que puede modificarla, como enseña la historia.

¿Por quién se inclinaría Tiberi? ¿A quién da la razón, a los partidarios de don Carlos, o a los que veían como legítima medida del monarca?

El Nuncio escribe:

«Yo por mi parte callo. Cuando me preguntan, me disculpo y no entro en materia. Creo que la disputa es ajena a mis atribuciones. El religiosísimo infante si no fuese por que repercute en sus hijos, estoy seguro que se mantendría en silencio»

A continuación Tiberi prueba que don Carlos no tenía ningún interés en subir al trono. Transcribe unas palabras de ese hermano de Fernando VII: *«Yo temo –decía hace tiempo– al pensar que podría ser soberano. Por el momento espero salvarme: ¡qué peligro si me pusiera la corona!»*.

Asimismo, el Nuncio nos da a conocer la serenidad de ánimo que el infante don Carlos poseía en esos momentos: *«Hasta ahora se muestra alegre y tranquilo, ni él ni su consorte han cambiado su comportamiento respecto a su hermano y su cuñada. El día catorce parten para Aranjuez, lo mismo que S.S.M.M. Sicilianas para París, y por tanto sin ir a Viena volverán a Nápoles»*⁴⁹.

Por lo que hemos visto se puede decir que el Nuncio no quiso entrometerse en este asunto, ni siquiera dio su opinión sobre la situación jurídica. Aunque para la Santa Sede podría haber sido interesante contar con el parecer de quien en ese momento podía ser decano de la Rota Romana, y era en esos momentos su representante más cualificado en España, no obstante ni se le pidió su personal juicio, ni él según hemos visto lo manifestó.

Este despacho lo terminará diciendo:

«He creído que era mi deber, sirviéndome de un correo extraordinario francés, darle a su eminencia reverendísima la noticia de esta gran controversia. Mis colegas hablan mucho, en particular el ministro de Austria. Es probable que envíen a sus cortes estudiados despachos.

*Yo no he pretendido sino el haber referido los hechos con sencillez y candor»*⁵⁰.

El Secretario de Estado, Cardenal Albani le contestó el 29 de abril de 1830, diciéndole que ya conocía por los periódicos la publicación de la Pragmática, y que además no ignoraba los antecedentes históricos del tema. A estas consideraciones le añadía: *«Es muy sabio y prudente su comportamiento en este gravísimo asunto. Continúe observándolo»*⁵¹.

Tiberi también nos da a conocer algunos de los nombres de los que intervinieron en la publicación de la Pragmática. Lo hace de pasada cuando escribió a la Santa Sede el 6 de mayo de 1830. En esa ocasión hablaba de algunos de los capítulos de los religiosos españoles. El debía presidirlos como Nuncio que era, pero algunos oponían resistencia, porque afirmaban que esto lesionaba las regalías de Su Majestad, y decían que el Nuncio no debía presidir los capítulos porque se trataba de un prelado extranjero. En este contexto afirma Tiberi:

*«El decano del consejo Puig, y el consejero Asta renovaron el ataque. Uno y otro gozan de algún favor y tuvieron parte en la publicación de la pragmática relativa a la sucesión al trono»*⁵².

2. EL NACIMIENTO DE ISABEL

El Arzobispo titular de Atenas y Nuncio en España, el mismo día del nacimiento de la primera hija de Fernando VII, se apresura a enviar un despacho a la Secretaría de Estado. Era el domingo 10 de octubre de 1830, cuando escribió:

*«A las cuatro y media de la tarde Su Majestad la reina ha dado a luz felizmente una bonita y robusta niña que se bautizará mañana con solemne pompa. Los padrinos serán los augustos padres de la señora, representados por los serenísimos infantes doña Luisa Carlota y don Francisco de Paula»*⁵³.

Cuatro días después comunica al Cardenal Albani, por entonces secretario de Estado:

*«La anexa Gaceta⁵⁴ habla del parto de la reina, y el decreto⁵⁵ que también le mando declara a la niña heredera al trono a falta de prole masculino. Yo he creído que era mi deber asistir al besamanos, al bautizo, al Tedeum, y todos los días me dirijo al aposento de la reina a interesarse por su salud, que no puede ser mejor»*⁵⁶.

Con estas palabras nos muestra Tiberi su deseo de quedar bien delante del soberano. Pero más diligencia en congraciarse con el rey manifiesta en lo que sigue del despacho:

«Fui uno de los pocos que se encontraban en el momento del parto, cuando el rey presentó a la infanta. Fui uno de los pocos que ese mismo domingo se presentó a felicitar a Su Majestad, que me da continuos signos de afecto y respeto»⁵⁷.

Y acaba este despacho diciendo: *«Aquí todo está tranquilo»*. Pero esa tranquilidad duraría poco tiempo.

La Santa Sede quería conocer la situación de España, con sus pormenores, porque el ambiente del continente podía influir negativamente en la Península. En efecto, después de la revolución de julio en Francia, y estando Luis Felipe en el trono, los gérmenes liberales podían infectar a la cercana España.

«Las actuales circunstancias de Europa –escribe el Secretario de Estado– exigen que los gobiernos hasta ahora ilesos del espíritu revoltoso, que se propaga con un pavoroso progreso, estén rápidamente informados, y con toda la precisión posible, de todo lo que acaece relativo al orden público»⁵⁸.

Por eso Tiberi escribe un largo despacho dándole cuenta al cardenal Albani de todas las novedades importantes que hacen referencia a ese aspecto. En primer lugar habla de dos movimientos de insurrección, uno de los cuales fue parado por las autoridades francesas. Aunque no menciona el signo, ni la bandera, ni la ideología que poseían estos últimos insurrectos, desarmados en Francia, no parece muy descabellado pensar que eran opuestos al gobierno del país vecino, o por lo menos no demostraban simpatías por los liberales. El Nuncio dice:

«Un antiguo jefe de partida, Antonio Rodríguez, reapareció en Puebla de Sanabria a la cabeza de setenta hombres armados. El número aumentó a ciento treinta cuando pusieron en libertad a los que estaban en las cárceles. Intentó provocar una revolución, pero todo fue en vano. El y otros tres huyeron. Los demás, una vez que se les rodeó y apresó, fueron fusilados. Junto a Jaca estaban preparados otros revoltosos, pero el gobierno francés hizo desarmar a estos fanáticos antes de que entrasen en el territorio español»⁵⁹.

De distinto signo debía de ser otro de estos movimientos de insurrección cuando escribe:

«Sin embargo penetraron en Navarra cerca de cinco mil hombres: una mezcla de piemonteses, franceses y españoles. En Bayona, patria del banquero monsieur Lafitte, no encontraron ninguna oposición. En el teatro se leyó una proclama de estos amigos de la libertad y defensores de los derechos del hombre, y se anunció el ingreso en España»⁶⁰.

No es de extrañar que estos últimos entraran en España sin la oposición de las autoridades francesas, pues estos «amigos de la libertad» de los que nos habla el Nuncio, parece que estarían bien vistos por el gobierno de Luis Felipe. Pero sigue diciendo Tiberi:

«No se ignora que la reunión de semejante canalla es obra del banquero Lafitte. Él y otros especuladores hicieron un préstamo de muchos millones a los constitucionales que se levantaron contra Fernando VII, dinero que todavía se emplea para continuar la revolución en Turín y Nápoles.

Su Majestad Católica cuando volvió a ocupar el trono no quiso reconocer la deuda, de ahí el empeño por mover al pueblo a la sublevación, con la esperanza de que un nuevo gobierno pueda ser más generoso que el actual, que no quiere pagar»⁶¹.

El Nuncio cuenta también la reacción habida en España:

«Coincidiendo con la llegada de los extranjeros se reunieron los realistas, en número de ocho mil. Rodearon a aquellos; quienes murieron, fueron apresados, o buyeron.

El primer ensayo salió mal. Gracias a Dios todo está tranquilo»⁶².

Hasta aquí estas noticias que da el Nuncio cuentan con lógica. Pero después de hablar de la calma que sigue a estos escarceos, nos menciona que los rebeldes hablan bien de don Carlos. Pero no especifica *qué* rebeldes. Hemos visto que Tiberi ha hablado de tres sublevaciones distintas: la de Antonio Rodríguez, la desarticulada por el gobierno francés, y la promovida por el banquero Lafitte. Al no especificar quienes elogian al infante, lo lógico es pensar que o bien son todos, o bien con plena certeza los que en Bayona lanzan sus proclamas sin resistencia de la autoridad. Aunque también los otros pudieran haber sido, estos últimos son sin duda ninguna, según se desprende de lo escrito por el Nuncio. Este, después de decir que los realistas acabaron con los rebeldes venidos de Francia, escribe:

«Los rebeldes hablan con elogio del infante don Carlos. Quizá pretenden sembrar la discordia en la familia real, mucho más después de la declaración, comunicada formalmente al cuerpo diplomático de que la nana sucederá a falta de varones»⁶³

Según lo que afirma el Nuncio, estos extranjeros quieren sembrar la discordia, y para eso hablan de don Carlos con simpatía. Estos «**amigos de la libertad y defensores de los derechos del hombre**» querían sacar partido económico de un cambio de régimen, y junto a este móvil, el motivo ideológico:

todo desorden puede propiciar la revolución liberal. Sea como fuere, lo claro es que estos liberales no luchan por defender los derechos de don Carlos lesionados en la Pragmática.

El dos de octubre de ese mismo año habla de las prevenciones tomadas en España para evitar posibles incursiones procedentes de Francia, que, como hemos visto, se dieron. Después Tiberi dice:

«Aquí se quiere la seguridad de que los emigrados españoles, ardientes partidarios de la constitución, no sean protegidos. Pero aunque es verdad que un decreto les prohíbe acercarse a la frontera, sin embargo parece que el general La Fayette les ayuda secretamente».

El Nuncio dirá que después del **«atentado»** cometido por los franceses ha aumentado la antipatía nacional hacia ellos. Este atentado del que habla el Nuncio es, sin lugar, a dudas la revolución de julio que derrocó a Carlos X y puso en el trono al liberal Luis Felipe de Orleáns.

«Por otra parte se toman medidas –sigue diciendo Tiberi– enérgicas para impedir el regreso de los emigrados. El espíritu público no puede ser mejor: se ama la monarquía; se idolatra al rey y a la reina; se vigila a los malvados, y puede decirse que el atentado cometido por los franceses ha aumentado la antipatía nacional hacia ellos»⁶⁴.

Para no asistir al bautizo de Isabel II, el representante de Austria, Conde Brunetti puso una ridícula excusa. A la solemne función había sido invitado por el Rey todo el cuerpo diplomático, pero Fernando VII no asistiría –quizá por motivos de salud–. El representante de la corte austríaca manifestó que si el soberano no estaba presente en la ceremonia tampoco él estaría. Tiberi intentó disuadirle con poderosas razones que, al no ser escuchadas por Brunetti, pusieron de manifiesto que ese embajador no quería encontrarse en el acto por el motivo alegado sino por otros bien distintos, que por ahora no se mencionan, pero el correr del tiempo mostraría con claridad. Como última razón el Nuncio le dijo que sería **«poco prudente llamar la atención de la opinión pública, después que la princesa había sido declarada sucesora al trono por la pragmática sanción»**. Pero quizá era eso lo que pretendía el Conde Brunetti, aunque el Nuncio no lo alcanzara a ver por el momento. Efectivamente, Tiberi se admira de la conducta poco coherente del representante de Austria **«quien se dejó ver poco después por palacio, y no rebusó ir al teatro y a la corrida de toros, ocupando los palcos destinados al cuerpo diplomático, a pesar que el rey no saliese de casa»⁶⁵.**

Cabe señalar que la actitud del Nuncio fue bien vista en Roma, el mismo Secretario de Estado se lo manifestó por escrito⁶⁶.

Si así se comportaba el ministro austriaco, también el representante de Sicilia dio que hablar pero por un suceso de muy diversa índole.

El 8 de julio de 1831 escribe Tiberi:

«Ha llegado un tal barón Antonini como encargado de S.M. siciliana. Viene a reemplazar interinamente al conde Lucchesi, hasta la llegada del marqués Galiati, que fue el destinado como ministro».

Por lo visto este nuevo representante, compatriota de la Reina, disgustó mucho por haber insinuado a María Cristina que consiguiera de Fernando VII una amnistía general.

«Se hizo un pequeño enfado entre los augustos cónyuges, pero ahora todo está en paz. Sobre todo desde que la señora dio alguna señal de que puede estar grávida»⁶⁷.

Sin lugar a dudas las señales eran ciertas, pues un mes después se nos comunica que todavía permanece la familia real en La Granja, y que **«la reina está grávida de tres meses. En el quinto se bará pública la buena noticia»⁶⁸**.

Cárcel Ortí escribe:

«Los papas Pío V (1566-1672) y Gregorio XIII (1572-1585) concedieron a España el privilegio de la llamada colecta *Et famulos*. Es decir en todas las misas, incluso las solemnes se debía añadir la oración *et faulos tuos papam nostrum...*, *regen catholicum, reginam, principem, cum prole regia*. Con rescripto del 13 de julio de 1676 la Sagrada Congregación de Ritos prescribió la observancia de estas normas.

Al ser declarada la princesa Isabel heredera al trono muchos sacerdotes dudaron sobre la obligatoriedad de nombrar al «principem» en la mencionada oración y, habida cuenta de la disputa existente por la ley de sucesión y la confusión por los pretendidos derechos de don Carlos, silenciaban el nombre de la princesa»⁶⁹.

Según lo que Tiberi escribe, no parece cierto que muchos dudaran sobre la obligatoriedad de nombrar al «*principem*», pues ni siquiera se lo plantearon. El Nuncio afirma que ni siquiera se hacía esta mención en los oratorios privados de palacio, por eso le extrañó mucho la medida tomada

por el gobierno. Pero lo mejor es que oigamos directamente la voz del representante pontificio:

«La serenísima infanta doña María Isabel Luisa, hija del rey, fue declarada heredera al trono en la hipótesis de la falta de varones en línea directa, y a ella se le concedieron los honores competentes al príncipe de Asturias.

Los santos pontífices Pío V y Gregorio XIII permitieron que en los reinos de España, en las misas pro populo, también en las más solemnes se añadiese et famulos tuos papam nostrum, regem catholicum, reginam, principem cum prole regis. La congregación de Ritos prescribió esta norma el 13 de julio de 1676, que se hace notar en todos los misales.

Está claro que se podía nombrar legítimamente el principem, sin embargo, nadie pensó esto. Incluso se omitió en la misma capilla del palacio, y en sus oratorios privados, así como en otras iglesias.

De improviso el ministro de Gracia y Justicia dirigió a la Cámara de Castilla la carta anexa a ésta⁷⁰. Se acusó de negligencia al Obispo de Tudela. Se dijo que la omisión era contraria a lo que Su Majestad había dispuesto en favor de su augusta hija. Se ordenó el envío de la circular a los prelados seculares y regulares manifestando la obligación de nombrarla, y que tomaran medidas para que los sacerdotes pronunciasen esto con voz inteligible»⁷¹.

No parece por tanto una medida tomada por el Gobierno, a causa de que se dudase nombrar a la princesa debido a la disputa existente. Más bien parece que Calomarde, ministro de Gracia y Justicia, quiso hacer hincapié en los derechos de la hija de Fernando VII, obligando, por ese motivo, a todos los sacerdotes a que nombraran a la princesa en dicha oración, cosa que hasta ese momento no se le había pasado por la cabeza a nadie.

Termina diciendo el Nuncio:

«Si faltase el privilegio apostólico no se podría tolerar que la autoridad laica metiese la mano en el incensario, y se atreviese a dictar rúbricas, pero en este caso hay un privilegio, que no puede ser ignorado por uno y otro clero.

Pero lo que no me pareció bien es el modo utilizado, y algunas expresiones salidas de la pluma del ministro. Hasta ahora cuando el soberano hablaba a los obispos se expresaba con aire de súplica.

Hice sin acrimonia una protesta verbal, y se me dijo que fue un equívoco de la Secretaría, poco experta en la materia»⁷².

Sobre este incidente, el Nuncio no volverá a decir más a lo largo de sus despachos. Este suceso pronto fue olvidado, lo que indica que fue motivado

más que nada por el interés del Gabinete de que quedase claro el asunto de la sucesión, y no que los Obispos y algunos sacerdotes intentasen apoyar los derechos de don Carlos, en este momento. Pues de lo contrario no se hubiera obedecido tan rápido, y sin causar problemas, contrariamente a lo que ocurriría después con ciertos elementos del clero.

Ante el posible nacimiento de un varón, que resolviera el problema sucesorio, todos aguardaban noticias, por eso las que trasmite Tiberi no dejan, de ser esperanzadoras:

«El próximo sábado se hace público el embarazo de Su Majestad la reina. Conviene correr a La Granja. Durante tres noches tendremos iluminaciones generales. Hasta aquí nada turba la tranquilidad»⁷³.

Esto lo comunicaba al Vaticano el 6 de septiembre de 1831. Unos meses después, en enero de 1832, da con desilusión la noticia del nacimiento de la segunda hija de Fernando VII: fue como un jarro de agua fría para todos los que deseaban que se resolviera la situación. El 30 de ese primer mes escribe:

«A las dos y cuarto de la mañana Su Majestad la reina ha dado a luz felizmente una niña. Todo el mundo esperaba un varón. Conviene resignarse a la divina voluntad. Mañana asistiré al bautizo, de la misma manera que hoy me trasladé a palacio, y vi a la recién nacida. Pocos estuvieron, porque recibieron tarde el aviso»⁷⁴.

Sin embargo, el bautizo no se celebró al día siguiente, como en principio escribía el Nuncio, sino bastantes días después, como también nos cuenta el mismo Tiberi, en Aranjuez, sin que especifique el motivo⁷⁵.

Se ha escrito que la declaración en favor de la princesa Isabel provocó brotes de violencia en las provincias del norte⁷⁶. Por eso interesaría saber si estos rebeldes que cita Tiberi en su correspondencia son vistos por el Nuncio como carlistas. En primer lugar el doc. 445 dice, como vimos anteriormente, que los rebeldes hablaban con elogio de don Carlos. Pero no especifica a cual de los tres grupos de rebeldes se refiere, ni desde luego afirma el Nuncio que se sublevarán a causa de la pragmática. En el caso de los que vienen del territorio francés, nos dice Tiberi que eran liberales apoyados por el banquero Lafitte, de ninguna manera puede ser su móvil la promulgación de esa ley. Esta es la revuelta mayor porque las otras fueron abortadas antes de que entraran en territorio español, o contaron con un escaso contingente de hombres, y fueron fácilmente sofocadas⁷⁷.

En el doc. 449, se nos sigue hablando de la revuelta promovida por los que vinieron del país vecino. Tiberi nos da los nombres de algunos de estos

rebeldes. «*El sanguinario Chapalagarra*», conocido como liberal, emigrado en Francia, y que intentó en más de una ocasión penetrar en España. Espoz y Mina, que por aquel entonces no puede decirse que fuera carlista, sin embargo se sabe que obtuvo la ayuda del rey Luis Felipe para volver a España y restablecer la constitución. También es citado Gaspar y Jáuregui, apodado el Pastor, que emigraría a Inglaterra después del Trienio⁷⁸.

Tampoco el doc. 450 habla de estos rebeldes como puestos en pie debido a la Pragmática. Pero sí se habla del entusiasmo y fidelidad que manifiestan los habitantes de la zona norte y fronteriza. En este despacho el Nuncio dice:

«Después de esta breve incursión, España está tranquila por todos lados. Los pueblos, particularmente los de la frontera, mostraron entusiasmo y fidelidad, y estarían prontos a levantarse en masa si la necesidad lo requiriese»⁷⁹.

Indudablemente la proclamación de la pragmática puso en tensión a los partidarios de don Carlos. Pero según los despachos que envía Tiberi a la Santa Sede nos parece que no puede decirse que las revueltas fueron motivadas por dicha proclamación. No obstante, contraria es la opinión de Cárcel cuando escribe: «Si la declaración en favor de la princesa Isabel provocó nuevos brotes de violencia en las provincias del norte (documentos 445, 449, 450) el problema de la sucesión se agudizó a principios de 1832, ya que el nacimiento de la Infanta María Luisa Fernanda, segunda hija de Fernando VII, acabó con las esperanzas de quienes todavía confiaban en la descendencia del monarca (doc. 538)»⁸⁰.

3. LOS SUCESOS DE LA GRANJA

«Aunque el panorama político era cada vez más confuso, la real familia, que no mostró la menor inquietud ante el porvenir de la dinastía, transcurrió sus vacaciones veraniegas en el Real Sitio de San Ildefonso.

La enfermedad del rey era cada vez más grave. A lo largo del verano sufrió varios ataques que obligaron a retrasar la imposición de la birreta cardenalicia al nuncio, elevado a la púrpura el 2 de julio de 1832»⁸¹.

Corría el mes de septiembre cuando Tiberi escribe dando noticias a la Secretaría de Estado, en las que comunica la enfermedad del Rey. Era el día 8:

«Su Majestad Católica quiso asistir al besamanos, el día 24 de agosto, cumpleaños (sic) de la princesa María Luisa, su hija pequeña. Pero durante la noche tuvo un fuerte

ataque de gota en la mano izquierda, rodilla y pie. A pesar del deseo que muestra de volver aquí, no obstante, permanece en San Ildefonso y guarda cama. El mal parece que quiere disminuir: duerme durante la noche tranquilamente.

Un tan desagradable contratiempo no ha permitido efectuar la imposición de la birreta»⁸².

Aquí Tiberi ha cometido un error, pues el cumpleaños de la infanta María Luisa no podía ser la fecha que da el Nuncio, porque esta había nacido –como se recordará– el 30 de enero, a las dos y cuarto de la mañana, de ese mismo año⁸³.

Aunque «la noticia de la derogación, efectuada el 18 de septiembre de 1832, se difundió rápidamente»⁸⁴, no obstante parece que el Nuncio no se enteró tan deprisa, pues en el despacho que escribió un día después, el 19, no dice nada de tan importante acto. Tiberi es consciente que «**el monarca lucha con la muerte**», pero quizá desconoce los acontecimientos últimos, o no los conoce de primera mano. En su despacho a la Santa Sede dice:

«Estoy muy triste por la peligrosa enfermedad del rey católico. La gota le amenaza el pecho. Para desviarla los médicos han martirizado al augusto enfermo con sinapismos, cantáridas, visigantis, sangrías, y qué se yo...»⁸⁵.

Más enterado de la situación se muestra en el despacho que escribe unos días después de que todo ha pasado: está fechado en Madrid, como casi siempre, el día 7 de octubre, y dice así:

«En el momento mismo que se temía la pérdida de este óptimo rey Fernando VII, una crisis saludable e imprevista nos ha llenado de júbilo. El mejoramiento fue instantáneo y parece constante. Su Majestad guarda cama, y aunque los médicos no se atreven a asegurar que esté del todo fuera de peligro, a pesar de que han cesado los síntomas alarmantes, no obstante el augusto enfermo ha reasumido los asuntos del reino. Cinco ministros: el conde Alcudia, Calomarde, Zambrano, Salazar y Ballesteros no retienen más sus respectivos empleos. Al primero le sucede el señor Cea Bermúdez, ya primer ministro; al segundo, el señor don José Cafranga, hombre de probidad reconocida que supe al ausente Bermúdez; al tercero, un tal Monet, buen militar; al cuarto el señor Laborda, excelente marino; al quinto, un tal Encina y Piedra, experto en materia de Finanzas.

Cambian los capitanes generales de las provincias. El decano del consejo de Castilla ha sido nombrado gobernador. Algunos miembros de dicho consejo quizá serán destituidos»⁸⁶.

El Nuncio no dará explicaciones de semejantes cambios, pero quizá deja entrever que la causa de todo es lo que narra, después de manifestar la remodelación en el Gabinete. Los sucesos que comenta, aunque no lo dice expresamente, guardan mucha relación con lo que a continuación escribe:

«El rey católico, para evitar discordias después de su muerte, había revocado la última pragmática sanción, volviendo al orden de sucesión prescrito por Felipe V, a favor de los varones. De esta forma su hija primogénita quedaba excluida. Sin embargo con la vuelta a la salud del consorte (sic) se despertó la ternura paterna, y parece que no valiendo nada el decreto que no se publicó, la princesa readquiere sus derechos»⁸⁷.

Sin querer Tiberi ha cometido una equivocación feliz. Primero dice que el rey católico revocó la pragmática, con la que su hija quedaba excluida. Pero **con la vuelta de la salud del consorte...** En realidad el que vuelve a recobrar la salud es el mismo Fernando VII. Parece que ha habido una mala redacción, pero si en vez de decir que el Rey revocó la pragmática, hubiera dicho que la Reina lo hizo, la cosa se entendería perfectamente. Quizá en esa equivocación de Tiberi puede entreverse el papel que jugó la Reina en este asunto. Ella era la que dominaba la voluntad de su esposo y la que, en definitiva, tomó la decisión.

Es interesante constatar que el Nuncio no menciona el llamado «golpe de estado de la granja»; la razón que da para anular lo realizado durante la enfermedad del Rey es que, con la vuelta a la salud, Fernando VII anuló la derogación de la pragmática **«porque se despertó la ternura paterna»**. ¿Es esa una razón suficiente? Desde luego el Nuncio no da otra.

En estos «sucesos de la Granja» la intervención del cuerpo diplomático fue importante por eso interesa conocer bien la opinión del decano de dicho cuerpo sobre la actuación de sus colegas. El Nuncio escribe sobre ese particular lo siguiente:

«Los diplomáticos se reunieron; algunos de ellos tomaron parte. Comunicaron que en estos momentos no solo se procurase salvar las distintas razones de los soberanos, y los tratados, sino que se evitase sobre todo una dolorosa catástrofe para España, que provocaría una guerra civil, una intervención extranjera y, quizá hubiera puesto las armas en la mano, a toda Europa»⁸⁸.

También dará el Nuncio las razones por las que no intervino en esa reunión. La primera razón que manifiesta es que sus achaques le impidieron estar

presente, pero quizá el motivo dominante fuera que el Nuncio quiso estar ajeno a toda intriga. Nos dice:

«No intervine en el congreso. Permanecía en Madrid aquejado por dolores, y con fiebre. No bien restablecido me presenté en San Ildefonso, cuando la operación había terminado. Visité a todos los de la familia real, fui acogido con afectuosísimos respetos. Todos los días me presentaba en la habitación de Su Majestad preguntando por su salud, haciéndome notar. Permanecí allí una semana. El martes vuelvo otra vez. Asistiré –si Dios quiere– a los dos solemnes besamanos del 10 y del 14 del corriente»⁸⁹.

Seguidamente Tiberi explica cuál es su actitud ante los sucesos públicos y, como es natural, ante estos últimos acontecimientos:

«Mi conducta ha sido siempre igual. Estar ajeno a las intrigas y a los partidos políticos, no mezclarme en estas cosas ni mucho ni poco. Deseo de buena fe la tranquilidad, el esplendor, la felicidad del pueblo y del que está en el trono. Gracias a Dios las cosas están quietas, y lo estarán si el Señor conserva en vida al adorado monarca»⁹⁰.

Cárcel al interpretar este texto, dice:

«Tiberi, que además de mostrar poco interés por los asuntos políticos se hallaba indispuerto en Madrid, con fuertes dolores reumáticos, cuando ocurrían todos estos hechos, resumió en un confuso despacho los sucesos de la Granja. ‘Los diplomáticos –decía el nuncio– se reunieron para estudiar la nueva situación a la luz de los últimos acontecimientos y salvar en cualquier hipótesis los derechos de sus soberanos, haciendo respetar los tratados internacionales y evitando una guerra civil o intervención extranjera, que podría poner en armas a toda Europa»⁹¹.

Al Nuncio le parecía ilógico tomar parte en los asuntos político porque no entraban en sus funciones y, además, era ajeno a esos negocios por su condición de eclesiástico. Pero esto no quiere decir que no le preocuparan: la prueba está en lo que escribe, informando a la Secretaría de Estado. No son pocos los folios que envía hablando de la cosa pública española, tan candente por desgracia en esos años. Se interesa, pero no toma parte.

«A los pocos días de estos hechos, la Infanta Carlota regresaba de Andalucía, de donde partió al tener noticia de lo ocurrido en La Granja; rompe el decreto derogatorio y abofetea a Calomarde; el Rey se restablece, el Ministro es destituido y Cea Bermúdez vuelve a ser la persona de confianza del Monarca. El 31 de diciembre del mismo año, y ante una reunión de representantes de la

nación, expresamente convocados al acto, D. Francisco Fernández del Pino, Notario mayor, leía una declaración de Fernando VII en la que, con referencia a lo sucedido en La Granja, decía: ‘Sorprendido mi real ánimo en los momentos de agonía a que me condujo la grave enfermedad... firmó un decreto derogando la pragmática sanción... La turbación y congoja de un estado en que por instantes se me iba acabando la vida indicaría sobradamente la indeliberación de aquel acto... Hombres desleales e ilusos cercaron mi lecho, y abusando de mi amor y del de mi muy cara esposa a los españoles, aumentaron su aflicción y la amargura de mi estado, asegurando que el reino entero estaba contra la observancia de la Pragmática... Instruido ahora de la falsedad con que se calumnió la lealtad de mis amados españoles... y libre en este día de la influencia y coacción de aquellas funestas circunstancias, declaro solemnemente, de plena voluntad y propio movimiento, que el decreto firmado en las angustias de mi enfermedad fue arrancado de mí por sorpresa»⁹².

El 6 de octubre María Cristina fue habilitada para despachar todos los asuntos. Además de abrir de nuevo las universidades, dictó reformas económicas, introdujo rigor y vigilancia en la administración, concedió una amnistía general y permitió el retorno de muchos exiliados⁹³.

En un despacho fechado en Madrid el 12 de noviembre, Tiberi informará a Bernetti de que Fernando VII volvió ya a Madrid, junto con la familia real. Después de describir la llegada y el estado del soberano. dice lacónicamente:

«No tiene corte. No admite audiencias privadas. No se ocupa de los asuntos. Su Majestad la reina los desempeña con actividad y celo: reúne en sí, asiduidad, talento y maneras encantadoras. Ha abierto de nuevo la universidad, las escuelas superiores y las públicas llevadas por religiosos; ha hecho reformas económicas, introducido rigor y vigilancia en las aduanas y una sola caja. [...] La generosa amnistía podría, bien dirigida, restablecer la calma; y los premios acordados a los militares podrían despertarles la emulación y conservarlos fieles»⁹⁴.

También Tiberi pondrá las sombras, de estos primeros actos de María Cristina, en el mismo despacho del que hablamos anteriormente:

«Por el contrario, los malintencionados consiguen con éxito inspirarle temor. Le refieren a la reina cosas alarmantes: individuos respetables son tachados de sospechosos y apasionados partidarios de la ley sálica. De esta forma se alejan servidores útiles y fieles; nace el descontento; las tropas cogen las armas y aumenta su número en la capital. Diré que no pocos abusan de la dulzura del gobierno y que la impunidad los convierte en atrevidos»⁹⁵.

4. «¡QUÉ COSA MENOS PRUDENTE!»

A continuación de dar estas noticias, el Nuncio pasará a lamentarse de ciertos hechos que se refieren a eclesiásticos. Tiberi está dolido porque una serie de eclesiásticos se colocan a la cabeza de partidos, faltando a su deber de estar al margen de estos asuntos temporales y ponerse al servicio de todos.

El Nuncio se duele porque se desobedece al soberano, en materias en las que se podría obedecer sin actuar en contra de la ley divina.

Después de decir que Calomarde se encuentra recluso en el fuerte de Mahón ⁹⁶ continúa:

«Se ha enviado al obispo de León a su diócesis. Un canónigo llamado Salomé y el Padre Díaz Jiménez de San Camilo de Lellis fueron confinados a Cádiz.

Los eclesiásticos no deben tomar parte en asuntos políticos, deben hablar con cautela, no ser facciosos, obedecer a quien manda cuando sus disposiciones no son contrarias a la conciencia.

¡Qué cosa menos prudente declararse de un partido! El obispo de León no disimula patrocinar los intereses del infante don Carlos⁹⁷, príncipe religioso y muy lejano de disputar el trono a su hermano, a quien ama, respeta, y estaría pronto a derramar su propia sangre por defenderle la vida.

El de Valladolid ha publicado inoportunamente una homilía sosteniendo los derechos de la hija primogénita de Fernando VII.

El comisario de la Cruzada según las circunstancias muda su lenguaje.

A pesar de todo esto se conserva la calma. ¡Dios mantenga lejana una revolución fatalísima en las presentes circunstancias! El clero se atenga al Evangelio y no olvide los sagrados deberes que le están prescritos.

Yo lo espero»⁹⁸.

Cárcel comentando este despacho dice:

«A pesar de los deseos del nuncio, el clero iba tomando posiciones extremas y, mientras el obispo Abarca de León manifestaba abiertamente su simpatía por don Carlos, el de Valladolid, Ribadeneira, publicaba inoportunamente una homilía en defensa de los derechos de la princesa Isabel, quizá porque esperaba ser nombrado consejero de Estado, y el comisario de la Cruzada, Varela, cambiaba de lenguaje según las circunstancias»⁹⁹.

A esto habría que decir, que más que tomaran posiciones extremas, lo que achacaba Tiberi es que tomaran posiciones, que fueran militantes de una

actividad política. Por eso añadía: «*¿Qué cosa menos prudente declararse de un partido!*».

También Cárcel: «*Después de los sucesos de la Granja, Calomarde fue encarcelado en Mahón y el obispo de León perdió su puesto en el Consejo de Estado y se le obligó a regresar a su diócesis. De ahí las ambiciones del obispo de Valladolid para ocupar su vacante*»¹⁰⁰.

Al Nuncio se le escapan con frecuencia comentarios salidos del fondo del alma que podrían extrañar a un lector que desconociera la personalidad de Francesco Tiberi. Dice, por ejemplo, al terminar este despacho:

«Espero que esta relación que hago no sea del todo inútil. Relación que no tiene otro mérito que ser imparcial.

Yo guardo silencio en los acontecimientos públicos. Si me preguntan no doy consejos, no entro en discusión de principios. De cualquier manera tendré en cuenta las máximas de la última constitución pontificia. Fue muy sabia la medida adoptada por Nuestro Señor al reconocer a don Miguel I, como rey de Portugal»¹⁰¹.

Efectivamente mediante la Bula *Sollicitudo ecclesiarum* de 7 de agosto de 1831, Gregorio XVI reconocía de *facto*, pero no de *iure*, todos los regímenes políticos establecidos. Actuando así la Santa Sede no tenía intención de confirmar a los regímenes políticos, ni de conferirles derechos nuevos: «era aceptar en hipótesis su realidad, sin admitir en tesis su legitimidad»¹⁰².

Por eso se había reconocido a Miguel I de Portugal. Medidas estas muy sabias según Tiberi. Quien al final de su comunicación dice:

«Si vuestra Eminencia juzga oportuno comunicarme instrucciones, oído el parecer de Su Santidad, estas me servirán de norma para salir de este intrincado laberinto»¹⁰³.

Después de alabarle, el Secretario de Estado le dice a Tiberi que siga el criterio que estime oportuno, contando con la pauta de la constitución pontificia que había citado el Nuncio, pues el Secretario de Estado dice que no se encuentra en el lugar de los hechos. Además parece decirle que el Nuncio ya conoce lo suficiente la realidad española como para actuar según le dicte su recto criterio. Y le añade:

«Comprendo lo desagradable que es ver pronunciarse al mismo clero, por una parte o por otra, en materias que no son de su competencia, y el daño con el que se resiente la cosa pública con estas escisiones, por la influencia siempre muy grande del clero sobre el pueblo»¹⁰⁴.

Pero lo que más desagrada a Santa Sede es que, a consecuencia de todo esto, algunos Obispos caen en desgracia, se ven comprometidos y son relegados de la Corte.

«Veo –sigue diciendo Bernetti– por su despacho, lo que hay de verdad en los relatos de los periódicos, y qué es lo que se encuentra de forma exagerada o errónea en sus páginas. Estos han referido muchos actos del gobierno español durante la enfermedad de Su Majestad Católica, y son hechos muy importantes, ciertamente, por lo que han excitado la atención general»¹⁰⁵.

El Secretario de Estado observa que tales actos son contradichos por algunos, mientras que otros niegan su existencia». *En la duda o en la oscuridad en la que me encuentro sobre la verdad de estos acontecimientos, y sobre la situación precisa en la que ocurrieron,*» pocas orientaciones puede dar Bernetti; y termina diciendo:

«Si le placiese suministrarme las luces de las que me veo falto, me facilitaría los medios para satisfacer el algún modo a su petición con fundadas reflexiones»¹⁰⁶.

En verdad la situación era compleja, y la actuación de algunos eclesiásticos inoportuna. Pero la Secretaría de Estado vaticana no poseía los suficientes elementos de juicio como para dar indicaciones concretas a su representante en España.

El 14 de diciembre de 1832 Tiberi escribe:

«Bajo el modesto título de reflexiones, un joven jurisconsulto español reúne en el opúsculo que le envió a su Eminencia reverendísima, la defensa de los derechos al trono de la princesa María Isabel, hija primogénita de este piadoso y amable soberano. El Obispo de Valladolid que dicen puede ser nombrado consejero de Estado, sale a sostener la misma tesis»¹⁰⁷.

El libro al que se refiere llevaba por título completo el siguiente: *Reflexiones sobre el derecho que tiene a la sucesión del trono la Serma. Señora Infanta Doña María Luisa Isabel, hija primogénita del Señor D. Fernando VII y de la señora Doña María Cristina de Borbón, Reyes de España* (Madrid, E. Aguado, 1832).

«La disputa de la sucesión es extraña a nosotros. Lo debe ser a los eclesiásticos. No se decide con la pluma: desgraciadamente es un nudo gordiano que no se desata sino con la espada»¹⁰⁸.

Después de decir esto, Tiberi aconseja al Secretario de Estado que, si ha leído los escritos contrarios, dé una rápida ojeada a estas «*reflexiones*». Añade el Nuncio que se van a reunir las Cortes para reconocer a la infanta como sucesora al trono¹⁰⁹.

El día 26 de febrero de 1833 el Secretario de Estado le contesta:

«He recibido con el despacho de su Eminencia n° 558, lo escrito por el jurisconsulto español sobre la sucesión directa al trono de España. Lo he leído, conociendo bien los fundamentos de opinión contraria. ¿Pero qué cuentan los juicios privados? Quiera el cielo que este nudo gordiano no tenga que soltarse con la espada. De todos modos vuestra Eminencia tiene toda la razón al decir que no pertenece a los eclesiásticos pronunciarse ni enredarse en asuntos de tal naturaleza. Reuniéndose las Cortes, como usted dice, y como Su Majestad ha ordenado se escuchará esta decisión, y quizá entonces España se calmará»¹¹⁰.

Se ha dicho que el Nuncio preveía un desenlace fatal, pues anunció la futura guerra como única solución de este conflicto, «*que solo puede resolverse con las armas*»¹¹¹. La Secretaría de Estado interpreta de esta manera el despacho del Nuncio cuando escribe Bernetti, que ojalá no sea de esta forma como se resuelva el problema: «Quiera el cielo que este nudo gordiano no tenga que soltarse con la espada».

Pero el despacho de Tiberi no acaba con estas noticias, sino que dice además:

*«La reina es incapaz de olvidar el precioso título de católica Muestra la más tierna y generosa devoción a la Virgen, envía socorros a las iglesias. Está muy lejana de las ideas liberales, y es enemiga de los gobiernos constitucionales. Procura tomar las disposiciones más convenientes para consolidar el derecho de su hija. Renovará el consejo de Estado. Ha cambiado a los comandantes de los cuerpos militares, a los gobernadores de las provincias, y a los magistrados. ¡Dios quiera que obtenga el fin que se propone y pueda evitar, en caso de muerte del óptimo Fernando VII, una guerra civil!»*¹¹².

Tiberi desconfía de la gente que ahora se muestra leal a la corona, pues muchos se mantienen fieles movidos por el interés.

Don Pedro de Inguanzo y Rivero, Cardenal Arzobispo de la sede primada de Toledo, alarmado por las voces de unos cuantos que le pintaban el panorama nacional muy negro, quiere renunciar: quizá para no encontrarse entre dos frentes. Pero una vez que conoce bien que las informaciones que

ha recibido son exageradas, decide dar marcha atrás. El Nuncio nos dice lo siguiente sobre este caso:

«El cardenal arzobispo de Toledo, no perfectamente restablecido de su enfermedad, y espantado por las voces que esparcen los ociosos y malvados, fue débil hasta el punto de escribir a Su Majestad que renunciaba a la mitra. Se le devolvió la carta, rogándole que dijera si era suya y en caso afirmativo que manifestase si persistía en esa determinación. La respuesta fue que él era el autor de la folio, pero que habiendo visto que era falso lo que se había divulgado, cambió la opinión, retractándose de lo que había escrito en la carta, que él mismo retiene»¹¹³.

Como ya dijimos, Tiberi escribe este despacho el 14 de diciembre de 1832: el mismo día que dimitió Cafranga, según parece, por desavenencia con Cea¹¹⁴.

Tiberi, en este mismo despacho, también hablará del Obispo de León. Es curioso que la Secretaría de Estado no haga ningún comentario negativo sobre el comportamiento de don Joaquín Abarca. Tiberi solo se lamenta de lo que hace don Joaquín, pero no sabemos si mantuvo alguna conversación con él a este respecto.

«La poca mesurada réplica del obispo de León al caballero Cafranga, de la que le envié un ejemplar a su eminencia, fue llevada a examen por los fiscales del consejo de Castilla, y el consejo decidió que se sobreseyese este desagradable incidente»¹¹⁵.

Por nuestra parte desconocemos la dicha réplica del Obispo de León, lo mismo que no sabemos si llegó algún comentario de la Ciudad Eterna sobre el asunto.

El 13 de febrero de 1833 el Nuncio envió más noticias sobre dicho prelado, que emprendería la huida:

«Se fugó el obispo de León a la llegada del capitán general duque de Castro Terreño. Las consecuencias que se pueden producir son serias. Hay quien afirma que se encuentra refugiado en un convento de monjas y hay quien dice que se halla en Portugal, y que posteriormente puede pasar a Italia. Se ha dicho que se secuestren sus bienes»¹¹⁶.

Lo curioso es que a este despacho, aunque muy breve tan importante, no se le responda nada. Efectivamente, el Secretario de Estado Bernetti se limitó a acusar recibo con un despacho que dirigió al Nuncio, y que llevaba el número 3695.

Pero no fue don Joaquín Abarca el único que se fugó. También Calomarde pudo abandonar el territorio español poniéndose a salvo. Tiberi escribe:

«El exministro de Gracia y Justicia don Tadeo Calomarde, que se dijo se encontraba preso en el fuerte de San Felipe de Mahón, vestido de monje cisterciense se fugó a Francia, casi en el momento que la tropa llegaba a Olba, pequeño paraje de Aragón junto a la frontera. Debí de trasladarse a Zaragoza en un carro que no era ciertamente triunfal. En vez de tenerlo encerrado en dicho fuerte, se le debía redactar el proceso formal, y juzgarlo según el resultado. Es el depositario de los secretos del reino. Le falta talento pero es fecundísimo en intrigas. ¡Pero basta, si está puesto a salvo! Después de este suceso se está haciendo el inventario de sus muebles, y sus bienes son secuestrados»¹¹⁷.

Se ha escrito que:

«restablecido Fernando VII de su grave enfermedad y viendo el cariz que iban tomando los acontecimientos por la actividad pro carlista de muchos eclesiásticos, decidió pedir la intervención de Gregorio XVI para que exhortase al clero español a la obediencia y la paz.

En su carta al Papa, escrita el 12 de febrero de 1833, resumía la historia de la sucesión al trono de España, insistiendo en el derecho de las hembras y criticando la conducta de quienes, no aceptándola, sembraban confusión y discordia entre el pueblo»¹¹⁸.

Desconocemos si fueron muchos los eclesiásticos que tomaron partido por don Carlos. Desde luego hasta la fecha de la carta, 12 de febrero, no parece que fueran muchos, a juzgar por los despachos del Nuncio, que hemos visto detenidamente¹¹⁹.

Es significativo que la carta se escribiera el 12 de febrero: por estas fechas se fugó el Obispo de León, como ya hemos visto. Quizá como reacción, y para evitar que se unieran más prelados, se escribió al Romano Pontífice¹²⁰.

«Gregorio XVI –escribe Vicente Cárcel– respondió el 10 de marzo lamentando la actitud de quienes abusaban de su estado de salud para agitar al pueblo, y para concurrir al mantenimiento de la tranquilidad, le comunicaba el envío de una carta encíclica dirigida a todos los obispos españoles, que sería publicada previo acuerdo del cardenal Tiberi con el primer ministro Zea»¹²¹.

Es interesante fijarse en uno de los párrafos de la carta del Papa a Fernando VII, en donde se manifiesta el temor que tenía la Santa Sede de que en España se librara una guerra civil:

«Con la voluntad de contribuir a mantener la tranquilidad dirigimos a todos los Obispos de España una carta Encíclica con el más vivo deseo de alejar de este feliz y verdaderamente católico Reino las desgracias de la guerra civil»¹²².

Verdaderamente los temores de la Sede Apostólica estaban fundados, porque la guerra civil se produjo. Pero podemos preguntarnos, ¿por qué la Santa Sede no amonestó en *particular* a los Obispos que «promueven la insubordinación bajo pretextos religiosos», como era el caso de don Joaquín Abarca?

La explicación puede estar en que, aunque Roma respetaba la legalidad de la situación *de hecho*, no obstante era consciente de que podía darse el caso de que los partidarios de don Carlos, como era el Obispo de León, pudiesen conseguir su propósito de entronizarlo a la muerte de su hermano Fernando.

Unido a esto, tampoco se puede decir que la causa de don Carlos fuera mal vista por la Santa Sede, sino muy al contrario, pues en Roma se le consideraba como un príncipe religiosísimo que velaría por los intereses de la Iglesia con todo su empeño, en caso de ceñir la corona española.

También ha de observarse que el Obispo de León, don Joaquín Abarca, estaba muy bien considerado en la ciudad y como hemos visto se le llegó a decir a Tiberi que siguiera sus consejos¹²³.

El Secretario de Estado vaticano para los asuntos exteriores¹²⁴, Cardenal Bernetti, envió a Tiberi una copia de la carta de Fernando VII al Papa, y la respuesta del Sumo Pontífice, junto el original de la encíclica. Se le encargaba, junto con el original de la encíclica, que hiciera las gestiones necesarias para su publicación, poniéndose de acuerdo con el ministro de Estado. No se había creído oportuno publicar la encíclica en Roma porque no estaba dirigida a todos los obispos del mundo. Y se había hecho lo mismo que con el episcopado polaco: se enviaba el original para que fuese publicado en el país de destino¹²⁵.

También le decía Bernetti que le rogase al señor Cea que obtuviese de Su Majestad «una audiencia para presentarle la carta del Santo Padre». En esa entrevista, además del escrito del Papa, debía mostrar al Soberano los más sinceros sentimientos de amistad y paterna benevolencia del Papa hacia su persona, «y el vivísimo deseo del Santo Padre de ver alejado de España cualquier peligro de perturbación o guerra civil»¹²⁶.

El Nuncio recibió estos documentos el domingo 24 de marzo «*cuando me dirigía al palacio real para asistir a un solemne besamanos*» y, según le venía indicado, entregó inmediatamente una nota al ministro de Estado, pidiendo además una audiencia particular con el Rey. Dos días después Cea Bermúdez le comunicó que el soberano le recibiría la mañana del 27 de abril. Acogido con las habituales muestras de predilección y respeto, el Nuncio manifestó a

Fernando VII los sentimientos de benevolencia y afecto que animaban al Romano Pontífice con respecto a su persona. También le refirió, en compendio, el contenido de la encíclica, que pareció satisfacer al monarca. Luego Tiberi pasó a hablar con el ministro Cea para ver el modo de publicarla¹²⁷.

Posteriormente, Cea visitó al Nuncio en su domicilio, y le aseguró que el Rey y la Reina estaban contentos de todo lo que se le había comunicado, pero que había juzgado oportuno enviar la encíclica a la Cámara de Castilla para que se hiciese la traducción¹²⁸.

Comentaba Tiberi que al Gobierno español le interesaba hacer oír la voz del Papa para alejar al Clero del espíritu de partido, y para que no se mezclara en las controversias políticas, y por el contrario predicasen la paz y la obediencia¹²⁹.

Pero la encíclica no se llegó a publicar. En un primer momento, las formalidades burocráticas justificarían el retraso en la impresión del escrito¹³⁰. Por eso quizá dice Tiberi:

«No insistí a pesar de que estoy persuadido de que la lentitud española –por las formalidades inútiles de las que no se quiere prescindir– barán pasar largo tiempo antes de que sea publicada la elocuente encíclica pedida por el rey y su ministerio»¹³¹.

El 10 de mayo de ese mismo año de 1833 Tiberi escribe que hasta ese momento no se había publicado la encíclica y dice también que quizá el Gabinete español no encontró lo que esperaba. *«Por mi parte –decía–, como señalo anteriormente, no insisto porque me parece que la Santa Sede no tiene un interés directo en este asunto»¹³².*

La razón que da el Nuncio en ese despacho de por qué no se publica es que, antes que llegase la encíclica de Su Santidad, el Rey había enviado a los obispos una circular muy parecida, *«análoga»*. Y que se había restablecido la calma. Y terminaba diciendo que quizá se pensaría que ya era inútil la cooperación del Papa en este asunto, o que podía herirse el amor propio de alguno¹³³.

5. EL JURAMENTO

El 10 de abril de 1833 decía el Nuncio:

«Le envío a vuestra eminencia dos reales decretos, impresos. Se manda que el próximo día veinte de junio con la asistencia de los prelados, grandes, títulos de Castilla y diputados de las ciudades que sean nombrados por Su Majestad., se reconozca según una antiquísima costumbre, a la princesa primogénita como sucesora al trono a falta de varón»¹³⁴.

La solemne función se desarrollaría en la madrileña iglesia del Real Monasterio de San Jeronimo. También se decía en uno de los decretos que quienes no asistieran a esa «solemnidad», y estuviesen obligados, deberían prestar juramento donde quiera que se encontrasen, ante personas que para ese objeto fueran designadas¹³⁵.

Tiberi aclara:

*«En una palabra, todos los súbditos deberán prestar el juramento y los homenajes debidos a la princesa. No se discutirán los derechos respectivos, como han imaginado los periódicos franceses. Cada uno es llamado a obedecer y nada más»*¹³⁶.

El Nuncio estaba en Madrid cuando escribió el despacho n° 587, fechado también el 10 de abril de 1833, en él se nos dan noticias del Obispo de León, quien tendrá que ver en el asunto del juramento.

Tiberi dice que ha realizado algunas investigaciones para enterarse del paradero de este Obispo: «*un amigo suyo supone que puede estar oculto en una de las montañas de Galicia, donde es imposible encontrarlo*». Añade que no sostiene correspondencia con nadie para no ser descubierto y que dirigió una carta a su capítulo asegurando que, para salvarse de una horrible persecución, se vio en la necesidad de huir y abandonar su grey y, que a su debido tiempo, se sabrán los motivos¹³⁷.

También comunica a la Santa Sede que por ahora no se han secuestrado sus rentas y que el Gobierno ya no le paga el estipendio de consejero de Estado, pues no desempeña ya ese cargo. Por su parte la Secretaría de Estado vaticano nada dice de este asunto¹³⁸.

El 15 de abril de 1833 Tiberi escribe:

«Me he enterado con certeza que el nuncio ha asistido siempre a las ceremonias en las que se reconoce y se jura al príncipe de Asturias».

Efectivamente esto era así. Además al representante pontificio –según pudo leerse en los archivos de la iglesia de San Jerónimo– se le reservaba un puesto distinto, con sede y cojines. Pero no solo era cuestión de protocolo: el Nuncio recuerda «*las providencias adoptadas por el pontífice reinante en el breve donde se preservan los derechos de los que tienen disputa sobre la sucesión*». Por eso dice Tiberi que no encontrará ninguna dificultad en estar presente en la ceremonia. Y añadía que también era probable que para esa fecha, 20 de junio, estuviesen ya su sucesor en el ejercicio de su cargo. De todas

formas, dice al Secretario de Estado que le comunica todo esto para que le manifieste con tiempo la opinión de Romano Pontífice¹³⁹.

La Santa Sede le respondería por boca del Cardenal Bernetti el 7 de mayo. Con mucho tiempo por delante, en el caso que hubiera querido rectificar la decisión de Tiberi. Pero no fue así:

«Su Santidad no solo no haya ninguna dificultad, sino que encuentra razonable que usted, siguiendo la costumbre practicada ininterrumpidamente por los nuncios apostólicos, asista a la ceremonia en la que se irá a reconocer y a prestar juramento al príncipe de Asturias»¹⁴⁰.

Le decía también el Secretario de Estado que aunque se procuraría que monseñor Amat llegase lo más rápidamente posible a reemplazarle *«así como vuestra eminencia conocerá por otro despacho mío, también le aviso que el 20 de junio será muy difícil que aquel pueda hallarse ahí»*¹⁴¹.

El 2 de junio de 1833 Tiberi enviaba al Cardenal Bernetti una carta que el infante don Carlos había escrito a su hermano Fernando, junto con la declaración que don Carlos hacía al Rey con objeto de preservar sus derechos al trono en el caso de que Fernando muriese sin descendencia masculina. Según el Nuncio, la respuesta de Fernando VII estaba expresada en términos amables; decía que, si su hermano no creía en conciencia que hacía bien prestando el juramento de fidelidad a su hija Isabel como princesa de Asturias por no dañar sus pretensiones, que mirase en ese caso lo que hacía pues su resistencia a obedecer podía ser motivo de disturbios. Lo decía también Fernando VII a don Carlos, que él precisamente porque le amaba de corazón no podía dejar de ser padre y soberano conjuntamente, y por eso tenía la obligación de respetar las leyes fundamentales, y la autoridad y las preeminencias de su corona¹⁴².

Cuenta también el Nuncio que Fernando *«le daba licencia»* a su hermano para viajar, y permanece en algún lugar de los Estados Pontificios, rogándole que comunicara en qué sitio pensaba quedarse. *«Entre tanto ponía a disposición de Su Alteza la fragata Lealtad, y le hacía reflexionar que era necesario que se alejase de España»*. El Rey también le hacía saber a su hermano Carlos que no había comunicado a las potencias extranjeras la declaración porque estas habían adoptado la medida de no intervenir en este asunto¹⁴³.

El infante don Carlos respondió que reconocía como un castigo de Dios el involuntario alejamiento de España. Obedecería, pero necesitaría algún tiempo para resolver sus asuntos; asimismo pedía dinero. Por último, decía que Fernando podía contar con él como el vasallo más fiel mientras viviese¹⁴⁴.

Tiberi nos dice la cantidad que le fue pagada al infante, y que la princesa de Beira acompañaría a su cuñado Carlos en su viaje.

Nos hace también saber el Nuncio que no había sentado bien esta medida tomada: *«la nación muestra algún enfado por el exilio del infante»*. Pero también se decía que durante la vida del Monarca no se defenderán los derechos del infante, sino que se guardará silencio¹⁴⁵.

*«Los obispos, los diputados, y los grandes prestaron el juramento que se les pedía. La miseria es grande. Las casas están vacías. Los gastos son enormes. Se prepara un simulacro militar. Hay alguna discordia entre los cuerpos ¡Dios quiera que estos ensayos no resulten funestos!»*¹⁴⁶.

Llega a decir también que, a pesar de la amnistía, muchos se van a Francia. Comunica al Secretario de Estado que el barón Antonini partiría de Madrid cuando llegase el marqués La Grua¹⁴⁷.

Sin embargo el barón Antonini seguirá en sus funciones según se nos dice en el documento 646, fechado en Madrid el 18 de junio de 1833, 16 días después que Tiberi avisara la partida de aquel¹⁴⁸.

En el despacho del día 2 de junio, también se dice que *«se pidió pero no se ha obtenido el reclamo de los ministros de Austria y Cerdeña»*, que tanta importancia tuvieron en la derogación de la Pragmática¹⁴⁹.

El Cardenal Bernetti respondería el 25 de julio de ese año, 53 días después de que Tiberi fechara su carta. Le decía el Secretario de Estado, que aunque los escritos que Tiberi le había enviado figuran en los diarios, *«su eminencia me saca de toda duda sobre la autenticidad de tan importante acto»*. También le dice que, aunque se espera la llegada del infante a los Estados Pontificios, parece que no se da prisa en ponerse en camino pues no da señales de partir de Lisboa. *«Quizá allí lo retienen las circunstancias de aquel reino, ahora mucho más graves después del desembarco de los partidarios de don Pedro en los Algarbes»*¹⁵⁰.

Otra cosa que le comunica al Nuncio es que es cosa conocida que la ceremonia del juramento se desarrolló sin ningún incidente, y que las cortes de Nápoles y Sicilia hicieron una protesta formal. También escribe Bernetti que se había subrayado el silencio de Austria y de Francia, y la presencia del embajador francés en el acto ocupando un puesto distinguido¹⁵¹.

El 6 de junio de 1833 Tiberi escribe:

*«El obispo de León ha publicado una pastoral. Exhorta a sus diocesanos a no prestar el juramento a favor de la princesa María Isabel como injusto. Sostiene que después de la muerte de Su Majestad Católica solo el infante don Carlos tiene el derecho al trono. Está fechada en Marín, lugar situado en Galicia pero que pertenece a su diócesis»*¹⁵².

A continuación comunica que el Rey ha ordenado que se formase causa y que se arrestase al prelado, usando con él todos los respetos debidos a su dignidad, y que se secuestrasen sus bienes¹⁵³.

Tiberi piensa que no será fácil encontrar al Obispo y espera que él no sea el autor de la pastoral, «*aunque no obstante aparezca debajo su nombre*»¹⁵⁴.

Dos personas dignas de ser creídas habían afirmado que estas medidas de dureza tomadas contra el Obispo de León habían sido dictadas por el presidente de la cámara de Castilla, general Castaños. El Nuncio dice que había insinuado que para tomar una medida de este tipo era necesario recurrir a la Santa Sede, pues las disposiciones de Trento a este respecto todavía seguían vigentes, como leyes eclesiásticas y del Estado Español¹⁵⁵.

Tiberi afirma que hasta ahora se ha actuado con «*reserva y secreto*» y, si se demuestra que el hecho es verdad, no podrá excusarse¹⁵⁶.

La Santa Sede le respondería el 6 de julio de ese mismo año, justamente un mes después que el Nuncio escribiera su carta. Le decía el Secretario de Estado que la noticia sobre la orden dictada contra el Obispo de León había disgustado al Santo Padre. Obsérvese que lo que parece mal en Roma no es que el Obispo hubiera escrito esa pastoral, sino la reacción del Gobierno. Por otra parte Tiberi no se atrevió a decir que la carta pastoral fuese con toda certeza de don Joaquín Abarca, y espera que no fuese escrita por este Obispo. Aunque quizá tuviese motivos para creer que la pastoral era de ese prelado, no obstante prefiere no creerlo así hasta que se demuestre.

«El Santo Padre –sigue diciendo Bernetti– ha aprobado y alabado su celo en haber insinuado con destreza la necesidad de recurrir a la Santa Sede en este caso»¹⁵⁷.

El día 20 de junio tuvo lugar el acto solemne de la jura a la princesa Isabel. La iglesia de los padres de San Jerónimo, tal como dice Tiberi, estaba magníficamente adornada. La función tuvo lugar por la mañana y se vio precedida de una Misa solemne, oficiada por el patriarca de las Indias. Después se prestaría el *pleito homenaje*. Entre los presentes destacaban el serenísimo infante don Francisco de Paula Antonio, sus dos hijos: don Francisco de Asís y don Enrique que, aunque menores de edad, allí estaban vestidos con uniformes de capitanes generales, «*imitaron su ejemplo los obispos llamados para tal objeto, el cardenal de Sevilla, los grandes, los títulos de Castilla*». El Nuncio nos cuenta todo esto cinco días después de que ocurriera. No se le olvida decir que el Eminentísimo Cardenal primado, Inganzo, partió un día antes para los

baños de Santander, y *«rebusó celebrar el pontifical»*, y aunque los enfermos podían justificar su falta de asistencia, él no quiso ni asistir ni jurar. *«Sostuvo una animada discusión con los ministros de Gracia y Justicia, y el de Estado. Demostró que el juramento era asertorio y no promisorio, y de praesenti. Lo calificó de injusto, de sacrílego»*. Como sus dos opositores no pudieron *«vencerle»*, se tomó la medida de enviarle el pasaporte, que anteriormente fue pedido por el obispo y se le había negado¹⁵⁸.

Tampoco fueron a la ceremonia los dos prelados de Oviedo y Badajoz que, aunque fueron invitados, permanecieron en sus respectivas diócesis: *«la edad avanzada puede eximirles de reproche»* señala el Nuncio.

*«La ceremonia fue digna y pacífica. La niña, a pesar de que duró tres horas, se mantuvo serena; se divertía desparramando algunas perlas de su collar; al final lloró y se calmó»*¹⁵⁹.

Tiberi ocupó un sitio especial en el *cornu evangeli* con una sede lujosamente preparada, al igual que el Cardenal Cienfuegos. También el Embajador francés fue tratado con especial deferencia, mientras *«el resto del cuerpo diplomático ocupó una tribuna fuera del presbiterio»*. Pero no estuvieron todos los diplomáticos extranjeros, pues el barón Antonini no se presentó. Sobre este incidente el Nuncio nos dice:

*«Al principio, el caballero Cea, lleno de furor, le amenazó con la guerra, y qué se yo... Pero al final le ha dirigido una contraprotesta concebida en términos moderados: solo se niega al rey Felipe V el derecho de conquista»*¹⁶⁰.

Otro de los que prestaría juramento fue el infante don Sebastián, aunque su madre, que estuvo ausente, intentó disuadirle.

Por su parte, don Carlos permanecía aún en Coímbra; y España –como dice el Nuncio– gozaba de tranquilidad. También nos señala que el besamanos fue muy numeroso, y que *«la entrada de los soberanos, ya sea por el número de gente, la riqueza de los carruajes, los caballos, las libreas, o por la tropa, llamó el concurso de pueblo»*¹⁶¹.

Tiberi se queja de que el comportamiento del comisario de la Santa Cruzada, Valera, no fue digno de aplauso. Él, por su parte, actuó con mucha sobriedad: no fue a la corrida de toros, ni asistió a la función de teatro, ni tampoco estuvo en la carrera de caballos de la maestranza ni en el simulacro militar. Lo que no obsta para que los reyes le colmaran de atenciones¹⁶².

Sobre don Joaquín Abarca nos dice lo siguiente:

*«Hay quien pone en duda que el obispo de León –que dicen está en Portugal– sea el autor de la atrevida circular. Fue enviada a algunos obispos, que la quemaron. Circulan dos cartas, poco medidas, dirigidas al presidente de la cámara de Castilla, y al primer ministro a nombre del mismo prelado»*¹⁶³.

Después de narrar estos acontecimientos de juramento de fidelidad a la princesa Isabel, el Nuncio se ve en la obligación de repetir que España está tranquila. Pero añade que *«el pueblo de Madrid guarda un triste silencio, y no es pródigo en aplausos»*, como queriendo decir que el pueblo obedece muy a pesar suyo¹⁶⁴.

Tiberi, que como se recordará criticaba la actitud de los eclesiásticos que se mezclaban en asuntos políticos, escribe ahora al Cardenal Bernetti:

*«No dudo que su Eminencia leerá con gusto la carta que el obispo de León ha dirigido a Su Majestad Católica. Intenta demostrar, con la historia y con la legislación antigua, que las mujeres no suceden al trono y están excluidas en Aragón»*¹⁶⁵.

Con mucha dificultad pudo el Nuncio conseguir una copia de esta carta, como él mismo nos dice en este despacho, fechado en Madrid el 3 de julio.

Entre las razones que Abarca daba al Rey, Tiberi destaca la de que Felipe V podía cambiar válidamente el orden de sucesión como conquistador. Añadía que observar lo dispuesto por el primer rey Borbón, lo exigía la paz y la tranquilidad de Europa, no menos que los tratados. Pero también lo requería la justicia: el derecho adquirido por el infante don Carlos y sus sucesores. Afirmaba asimismo que los actos de 1789 «no innovaron nada»¹⁶⁶.

*«El prelado dice –escribía Tiberi– que como obispo, consejero, y amigo del rey se veía obligado a usar el lenguaje de la verdad. Propone que se suspenda el reconocimiento de la princesa, y que se examine esta cuestión de tanta importancia, o al menos que se dispense al obispo de prestar el juramento»*¹⁶⁷. Cuenta también el Nuncio que, al parecer, seis obispos, entre ellos el patriarca, coincidieron en que entendían reconocer a la primogénita del Rey, salvo el derecho de terceros, y luego añade: *«De cualquier modo todo está tranquilo»*¹⁶⁸.

Tiberi había escrito en un despacho anterior, que la conducta del comisario de la Cruzada, no había sido muy digna de elogio, pero no explicaba por qué. Ahora va a contar la causa, a la secretaria de Estado:

«El comisario de la Cruzada dio un banquete, al que no asistí, de cuarenta cubiertos. En la tarjeta de invitación, en las inscripciones que adornaban la escalera, y también en

el brindis declaró que la reunión no tenía otro objeto que solemnizar la jura, hecha en favor de la serenísima infanta María Isabel Luisa. Este tuvo la debilidad de llevar al rey católico la lista de los individuos que honraron su espléndida mesa»¹⁶⁹.

El Nuncio explica que nadie se sorprendió de su negativa. Tiberi agradeció a Valera su invitación al banquete, como era natural. Pero no asistió porque la sala donde se desarrollaría se iluminó lo suficiente como para molestar a los ojos de Tiberi, que según nos cuenta, no podían soportar una luz muy fuerte.

El comisario de la Cruzada no invitó, por el contrario, al barón Antonini, que partía de Madrid el mismo día que Tiberi nos comunica estas noticias, el 3 de julio. Pero tampoco asistirían a este opulento banquete muchos diplomáticos: solo estuvieron cinco.

«Multi multa dicunt, y los maledicentes atacan al dispensador de las limosnas, reservadas para las necesidades de los pobres, quienes languidecen en la miseria y no siempre callan»¹⁷⁰.

Al despacho del Nuncio, en el que transmitía estas noticias y le adjuntaba la carta –en copia– de monseñor Abarca al Rey, la Santa Sede contestó el 1 de agosto sin que el Secretario de Estado muestra si estaba de acuerdo o no con la actitud del Obispo de León. Simplemente le dice que ha recibido, junto con su despacho n° 610, dicha copia, por lo que le está agradecido: de forma especial porque no había sido fácil hacerse con ella.

No solo la corte de Dos Sicilias, con su representante, el barón Antonini, mostró su desacuerdo ante la decisión de declarar heredera a la princesa Isabel. La corte de Cerdeña también protestó por el nuevo orden de sucesión establecido en España. El 11 de julio Tiberi escribe que el Conde Solaro della Margarita, antes de asistir a la ceremonia habida en la iglesia de los Jerónimos el día 20 de junio, dirigió una declaración a Cea Bermúdez ¹⁷¹.

En otro despacho con la misma fecha se nos dan noticias de don Joaquín Abarca. Nos dice Tiberi que el Obispo de León había abandonado su escondite y las tierras españolas. Don Joaquín escribió a su capítulo una carta que el Nuncio envió a Roma junto con este despacho¹⁷².

Recuerda el Obispo que no queda vacante la mitra y que él conserva la jurisdicción, delegándola en el capítulo para que, en caso de muerte del vicario general o por otro suceso, suceda otro que la ejerza en nombre del prelado, o se acomode al método adoptado en Tarazona en un caso semejante, con el fin de evitar el cisma¹⁷³ (446).

Según nos dice Tiberi, el Gobierno ya había invitado a los canónigos a que gobernarán la diócesis, pero ellos se negaron porque contaban con un pastor legítimo, aunque estuviera lejos. La cámara de Castilla también intentó lo mismo, pero no consiguió nada de provecho.

El Nuncio termina este despacho diciendo:

*«El soberano es religioso, pero se le intenta sorprender y, no queriendo, toma el incensario. Los esfuerzos de los impíos sobre un rey católico y de recta intención al final caerán al vacío»*¹⁷⁴.

El día 13 de agosto de 1833, en el despacho nº 620 de Tiberi a Bernetti, escribe aquel que tenía en su poder, y la enviaba a la Secretaría de Estado la supuesta homilía del Obispo de León, de la que ya había hablado en el despacho 603, fechado el 6 de junio. Pero antes no se le llamó homilía, sino *«pastoral»*¹⁷⁵.

Esta homilía o pastoral, junto con la carta que el Obispo dirigió al Rey, nos dice el Nuncio que constituían *«el cuerpo del delito»*. Sin embargo Tiberi cree que la homilía es apócrifa, porque el estilo es distinto, los argumentos que emplea son mucho más débiles, y las expresiones son pobres¹⁷⁶.

En el despacho nº 609, que dirige al Cardenal Bernetti, y que está fechado en Madrid el 25 de julio de 1833 como hemos visto dice que *«hay quien pone en duda que el obispo de León –que dicen está en Portugal– sea el autor de la atrevida circular»*¹⁷⁷. Cabe pensar que esta *«circular»* se identifica con la *«homilía»*, que serían la misma cosa, pues Tiberi no había hablado hasta ahora de esa *«atrevida circular»*, que la menciona como cosa ya reconocida. No es extraño que a esa homilía se le llamase circular porque se había enviado a todos los párrocos y a todos los que tuviesen cura de almas en la diócesis de León, para que la leyesen a los fieles¹⁷⁸.

A este escrito se le llamaría pastoral, por ser escrito por el Obispo para la enseñanza de los fieles a él encomendados. Se le podría llamar asimismo circular, por el hecho de que fue *enviado* a todos los que tenían cura de alma en la diócesis, y también se le podría llamar homilía porque debería ser leído en días festivos, y sería normal hacerlo durante la Misa, después del Evangelio.

Por eso, cuando Tiberi comunica que enviará junto con su despacho, la *«supuesta homilía del obispo de León»*, envía la pastoral, que era el mismo escrito. El documento enviado a la Santa Sede decía entre otras cosas:

*«Por tanto, mandamos a nuestros párrocos y demás que tengan cura de almas, lean esta pastoral en tres días festivos a todos los fieles, y a todos los eclesiásticos de cualquiera grado que sean, avisándome de los que no concurran a este acto»*¹⁷⁹.

Esta pastoral, que Tiberi llama también homilía, en el caso de que se identifique también con la circular, que puede ser lo más probable, por los indicios que poseemos, sería la quemada por algunos obispos como nos cuenta el Nuncio.

6. ¡DIOS PROTEJA A ESPAÑA!

El 13 de agosto de 1833, en el despacho nº 623 que envía al Cardenal Bernetti, escribe el Nuncio:

*«El infante don Carlos está todavía en Coimbra. Parece que no quiere ponerse en camino para Italia. El Señor nos preserve. El horizonte político no es muy claro»*¹⁸⁰.

Un mes después, el 12 de septiembre, Tiberi enviaba junto con su despacho, el original de la carta que don Joaquín Abarca le había escrito¹⁸¹.

El Nuncio sigue afirmando que la causa contra el Obispo está reservada a la Santa Sede y, sin su expreso consentimiento, no se puede empezar las «*inquisiciones extrajudiciales*»¹⁸². Pero estas empezaron, como consigna el mismo Tiberi:

*«No antes del día 3 de septiembre se dio este encargo. Y según la costumbre, los hechos pasaron al fiscal. Estos habían sido compilados anteriormente, por el Alcalde de León quien fue comisionado desde el principio para que verificase la fuga del Prelado»*¹⁸³.

Cuenta además el Nuncio que el Alcalde de aquella localidad castellana reunió también las pruebas que encontró sobre la supuesta complicidad del Obispo de León, en el último tumulto originado por los voluntarios realistas de dicha ciudad. Esta labor la realizó el Alcalde acompañado por un eclesiástico destinado por el Vicario de la diócesis, como co-juez. Delegación nula según el Nuncio¹⁸⁴.

El Gobierno, entre tanto, había puesto en secuestro los bienes del Obispo con el pretexto de que habían sido abandonados.

Tiberi declara estar alerta para hacer las declaraciones oportunas, en el caso de que los fiscales manifestasen una opinión contraria a la Santa Sede, una vez que estos hubieran estudiado los hechos¹⁸⁵.

Asimismo comunica el Nuncio a la Secretaría de Estado que se había hablado a los Alcaldes, que decían no saber nada sobre el caso. Tiberi confía que tanto el Rey como sus Ministros respeten los derechos de la Santa Sede, en ese tan importante y delicado asunto. El Nuncio alude también a que da la

impresión de que no se haya querido arrestar a don Joaquín Abarca: «*Parece que el Obispo de León ha permanecido hasta ahora en su propia diócesis, oculto en un pueblo de montaña llamado Liébano, y que no se ha mostrado mucho empeño en el arresto de su persona*»¹⁸⁶.

Varios días después de la muerte de Fernando VII, Tiberi observa que el panorama político se está oscureciendo: «*Nuestro horizonte se cubre de nubes*», dice con frase gráfica¹⁸⁷.

La cosa no era para menos porque habían comenzado las sublevaciones en varios puntos de España: «*La ciudad de Córdoba se ha sublevado. Se ha enviado parte del ejército que hace de cordón defensivo de Sevilla*»¹⁸⁸.

Pero no solo era una ciudad en el sur de España. El Nuncio escribe que también Bilbao está en plena revuelta; ésta y la otra población se alzaban a favor de don Carlos que, por entonces, se hallaba en la localidad de Castel Branco, en el país vecino de Portugal, muy cerca de la frontera con España: a solo cuatro leguas. Estos datos que proporcionaba Tiberi a la Santa Sede nos dan idea de que el conflicto está muy próximo. La situación política del momento preludiaba guerra.

Por su parte, el Gobierno se encontraba a la expectativa, pues el general Sarsfiel, que mandaba un importante grueso de tropas de observación hasta el momento, todavía no ha dicho nada¹⁸⁹.

Los liberales también se mostraban descontentos por un manifiesto que había publicado la Reina el 4 de octubre, declarándose protectora de la religión y de la monarquía. Por ese motivo se organizó un tumulto en Talavera, que sería calmado convenientemente¹⁹⁰.

La Reina que –a juicio del Nuncio– actuaba «*con prudencia, moderación y justicia*» había rehusado remover de sus cargos a los Ministros. Así lo deseaban algunos grandes, entre los que se encontraba Floridablanca.

«*Madrid está quieto. El pueblo, instruido por los pasados acontecimientos, no se mueve. Parece amigo de don Carlos. Los liberales están al acecho: ¡Cómo describir las atrevidas conversaciones que tienen en los cafés! El Gobierno disimula*»¹⁹¹.

El Nuncio sigue diciendo que los liberales reproducen ideas «*democráticas*» y desean una constitución: piensa Tiberi que por este camino llevarán al país a la anarquía.

«*¡Dios proteja a España! ¡Y aleje el flagelo de una guerra civil! ¿Por qué no conciliar los intereses con un matrimonio? Este proyecto se rechaza porque las pasiones están exaltadas*»¹⁹².

La Reina había escrito en el manifiesto, que ni el nombre de Isabel, ni el suyo eran «*la divisa de una parcialidad, sino la bandera tutelar de la nación: mi amor, mi protección, mis cuidados son todos los españoles*».

Este escrito de María Cristina estaba fechado a primeros de octubre, tres días antes de que el Nuncio escribiera el despacho que hemos comentado. Tiberi terminaba su comunicación deseando la paz, pero parecía verla difícil, pues escribe que estos sentimientos quizás se han llamados «*sueños de un buen ciudadano*»¹⁹³.

Algunos días después, el 21 de ese mismo mes, convencido de que no es una cosa inútil, empieza a relatar con sencillez los hechos. «*Madrid obedece*» y el Gobierno –según Tiberi– conjugaba la firmeza al mismo tiempo que una prudente moderación: declaró solemnemente proteger la religión y defender la monarquía¹⁹⁴. Comunicaba el Nuncio a la Secretaría de Estado que el día 24 de octubre sería proclamada Reina –según la costumbre– doña Isabel II, y que tanto los militares como los magistrados se mostraban fieles, y obedecían. Decía también, que para reprimir algunos tumultos parciales se envió una fuerza militar «*imponente*». La paz se mantenía, excepto en Bilbao, en Vitoria, y en algunos –pocos– lugares limítrofes, en donde los movimientos sediciosos eran permanentes¹⁹⁵.

Don Carlos –escribe Tiberi– estaba «*proscrito y privado de sus bienes*», mientras los pueblos permanecían como «*espectadores indolentes*» ante la guerra civil que se avecinaba¹⁹⁶.

La proclamación solemne de Isabel II como Reina de España y de las Indias se realizó en el día previsto sin ninguna novedad, salvo que se iluminaría la ciudad de Madrid durante tres noches¹⁹⁷.

1. REDONDO, G., *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, Pamplona 1979, I, 124.
2. Con el fin de evitar continuas referencias hacemos notar ahora que –además de la obra del Prof. Redondo– hemos utilizado de base, para la realización de esta síntesis de la vida de la Iglesia en esos años, el estudio de LEFLON, J., *La Revolución, en Historia de la Iglesia desde los orígenes a nuestros días*, dirigida por FLICHE, A. y MARTIN, V., edición española bajo la dirección de JAVIERRE, J.M., XXIII, Valencia 1975.
3. REDONDO, G., *o.c.*, 125.
4. *Ibid.*, 126.
5. Estas últimas palabras se las dirigió el pontífice al ministro francés François-René de Chateaubriand, citado por LEFLON, J., *o.c.*, 158.
6. REDONDO, G., *o.c.*, 158.
7. *Ibidem.*
8. JEDIN, H., *Manual de historia de la Iglesia*, Barcelona 1978, VII, 422.
9. Cfr. MARCH, J.M., *La exclusiva dada por España contra el cardenal Giustiniani en el Cónclave de 1830-31*, «Razón y Fe», 98 (1932) 50-64, 337-348; 99 (1932) 43-61. De este artículo se ha dicho: «A través, sobre todo de documentos conservados en el archivo de la Embajada de España ante la Santa Sede, estudia preponderantemente las razones de estado y el proceso, originado por la peculiar visión de las cosas que tenía el embajador Gómez Labrador, que desembocó en la decisión de Fernando VII de bloquear con su veto la elección de Giustiniani como Sumo Pontífice». DE LA LAMA, E., *La nunciatura en España de Giacomo Giustiniani (1817-1827)*, tesis de doctorado, Pamplona 1982, 7.
10. Cfr. JEDIN, H., *o.c.*, 424-425.
11. REDONDO, G., *o.c.*, 196.
12. *Ibid.*, 196.
13. Para la realización de este breve bosquejo de la historia española, durante los siete años que duró la nunciatura de Tiberi, he utilizado el trabajo de SUÁREZ, F., *La década final*, en *Historia General de España y América*, Madrid 1981, XII, 469-564. Dicho estudio tiene la ventaja de que se trata de una obra de síntesis realizada por uno de los principales especialistas en esos años. Con el fin de evitar las continuas referencias, hacemos constar ahora que, mientras no se indique otra cosa, se debe confrontar ese trabajo.
14. Aunque el 30 de abril, y a propuesta del capitán general de Cataluña se concedió un indulto a los insurrectos, como se ve, no arregló gran cosa, pues las causas del descontento siguieron sin corregirse. Cfr. *ibid.*, 530.
15. La averiguación de los autores y cómplices de la rebelión, sería encomendada al fiscal de la Audiencia, Juan de la Dehesa. Precisamente fue éste quien de forma exagerada acusó al clero. Cfr. *ibid.*, 531.
16. Las palabras son de Michael J. Quin en sus *Memorias*, en *ibid.*, 538.

17. *Ibid.*, 550.
18. Despacho de Tiberi a Della Somaglia, 24 de octubre de 1827, *cit.* por REVUELTA GONZÁLEZ, M., *La Iglesia española ante la crisis del Antiguo Régimen (1803-33)*, en *Historia de la Iglesia de España*, Madrid 1979, V, 113.
19. Este capítulo lo publiqué con el título «El 'exilio' del nuncio Tiberi: un momento de conflicto entre la Santa Sede y el Estado Español» en *Iglesia y poder público: actas del VII simposio de Historia de la Iglesia en España y América. Academia de Historia Eclesiástica, Sevilla, 13 de mayo de 1996*. Publicaciones obra social y cultural Cajasur, Córdoba 1997, 135ss. En esa ocasión no añadí el apartado sobre «La carrera de Tiberi», que entonces no parecía oportuno incluir.
20. Sobre Tiberi, poco después de la muerte de éste, escribió una biografía FABI MONTANI, F., *Vita del Cardinale Francesco Tiberi*, Roma 1840. También puede verse el *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica*, de Gaetano Moroni, Venezia 1855, LXXV, 169-172. Es interesante, asimismo, consultar la obra, clásica de RITZLER, R. y SEFRIN, P., *Hierarchia Catholica medii et recentioris aevi*, Patavii 1968, VII, 25, 45, 61, 93. Un trabajo de más reciente elaboración y que ha sido realizado teniendo en cuenta los datos aportados por las anteriores obras, es el de CÁRCEL, V., en el *Estudio preliminar sobre la nunciatura de Francesco Tiberi*, que hace de introducción a la *Correspondencia diplomática del nuncio Tiberi*, Pamplona 1976. Precisamente de este estudio hemos recogido lo necesario para confeccionar el presente apartado. Lo indicamos ahora con el fin de no tener que hacerlo repetidamente.
21. BECKER, J., *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX*, Madrid 1908, 73.
22. Cfr. CÁRCEL, V., *Correspondencia diplomática del nuncio Tiberi*, doc. 3. En adelante esta obra será citada como TIBERI, *Correspondencia diplomática*. El documento que ahora nos interesa es el despacho sin n° de Tiberi a Della Somaglia, con fecha de 19 de junio de 1827.
23. La carta del ministro español decía así: «El rey, mi augusto amo, ha recibido mi carta de Su Santidad, cuyo contenido es de la más alta importancia y trascendencia. S.M. C. necesita algún tiempo para determinar sobre el grave negocio que forma el objeto de esta comunicación [...] conviene la suspensión de la entrada de V.E. en el reino hasta la resolución de las comunicaciones hechas al soberano». Carta de Manuel González Salmón dirigida a Tiberi, fechada en Madrid el 14 de junio de 1827, en CÁRCEL, V., *Correspondencia*, 5, nota 3.
24. Cfr. despacho sin n° de Tiberi a Della Somaglia, con fecha de 11 de agosto, en *ibid.*, 231.
25. Despacho de Tiberi a Della Somaglia, con fecha de 19 de junio, en *ibid.*, doc. 3.
26. Cfr. MUÑOZ JOFRE, E., *Las preconizaciones de obispos para la América Española en el reinado de Fernando VII*, Tesis doctoral, Pamplona 1971, 225ss.
27. *Ibid.*, 231.
28. Copia de la carta de Fernando VII a León XII, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (en adelante *cit.* como AMAE), legajo 919, cuaderno 12.
29. Carta fechada el 2 de junio de 1827, en TIBERI, *Correspondencia diplomática*, 14, nota 3.
30. Cfr. TIBERI, *Correspondencia diplomática*, XXV y nota 4.
31. Cfr. despacho sin n° de Tiberi a Della Somaglia, con fecha de 22 de agosto de 1827, en *ibid.*, doc. 19.
32. Cfr. despacho sin n° de Tiberi a Della Somaglia, con fecha de 19 de septiembre de 1827, en *ibid.*, doc. 23.
33. SUÁREZ, F., *Estudio preliminar a Los agraviados de Cataluña*, Pamplona 1972, I, 21. Esta obra completó, y en algunos casos revisó el anterior trabajo de TORRES ELLAS, J., *La guerra de los agraviados*, Barcelona 1967.
34. Cfr. despacho sin n° de Tiberi a Della Somaglia, en TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 18.
35. Cfr. ejemplar de la *Circular* del Obispo de Gerona en AMN, cons., Leg. 19632. *Cit.* en *Los agraviados de Cataluña*, I, 81-82. Cfr. También el doc. 150 de esa obra. Como ya dijimos en esta insurrección se culpó al Clero. Precisamente sobre este tema se escribió hace más de

- un siglo: «Respecto a la intervención del clero en el alzamiento de Cataluña, la historia no ha levantado aún el velo de aquellos sucesos lo bastante para poder hablar con claridad. Los realistas culparon de él a los liberales, y estos a su vez a los llamados *apostólicos*, palabra respetable que con disgusto vemos aplicada a un partido político, que según algunos, meditaba el exterminio de todos los liberales. Que en aquel alzamiento tuvieron parte algunos individuos del clero constituidos en dignidad, parece indudable; pero *algunos clérigos* no son el *clero*», DE LA FUENTE, V., *Historia eclesiástica de España*, 2ª ed., Madrid 1875, VI, 204.
36. Despacho sin nº de Tiberi Della Somaglia, en TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 19: «El 14 de agosto se publicó la nueva ordenación, que entre otras consecuencias tuvo la remoción de algunos intendentes (entre ellos el de Cataluña) y la incorporación del superintendente cesante, Juan José Recacho, se le ordenó entregar los papeles y salir inmediatamente a incorporarse a su nuevo destino de regente de la Audiencia de Asturias. Quizá sea significativo (o acaso no) el hecho de que Recacho, en lugar de obedecer, huyera a Portugal y desde allí a Francia». SUÁREZ, F., *Estudio preliminar a Los agraviados de Cataluña*, I, 273.
 37. Despacho sin nº de Tiberi a Bella Somaglia, en *ibid.*: doc. 21.
 38. Cfr. despacho sin nº de Tiberi a Della Somaglia, con fecha de 1.5 de septiembre de 1827, en *ibid.*: doc. 22.
 39. Despacho sin nº de Tiberi a Bella Somaglia, con fecha de 24 de septiembre, en *ibid.*, doc. 25.
 40. *Ibid.*, 47, nota 1: «Artículo de Oficio. *El Sr. Secretario del Despacho de Gracia y Justicia ha comunicado al Sr. primer Secretario interino de Estado y del Despacho la Real orden siguiente*: Excmo. Sr. = El Rey nuestro Señor se ha servido dirigir con esta fecha al Decano del Consejo Real el Decreto siguiente: ‘Queriendo examinar por mí mismo las causas que han producido las inquietudes de Cataluña, y estando persuadido de que mi Real presencia debe contribuir poderosamente al restablecimiento de la tranquilidad pública en aquella provincia, he resuelto salir en posta el día 22 del presente mes para la plaza de Tarragona, acompañado de una corta comitiva y de mi Ministro de Gracia y Justicia, á quien se remitirán los Despachos de los demás Ministerios, para que no se detenga el curso de los negocios. Dejo en este Real Sitio á la Reina mi muy amada Esposa y á los Infantes mis muy queridos Hermanos: y marchando a donde me llaman las necesidades de una parte de mis amados vasallos, sin que me detenga ninguna consideración, porque no hay sacrificio que me sea costoso cuando se trata de su felicidad, espero que todas las Autoridades llenarán cumplidamente el deber que les imponen sus respectivos cargos, para mantener la paz de los pueblos y la sumisión á las leyes. Tendráse entendido en el Consejo, y se dispondrá inmediatamente su publicación. = Está señalado de la Real mano’».
 41. Cfr. despacho sin nº de Tiberi a Della Somaglia, con fecha de 27 de septiembre; *ibid.*, doc. 26.
 42. Archivo de la Presidencia de Gobierno (en adelante APG) *Actas del Consejo de Ministros*, tomo IV (1827) fol. 383. Allí también se dice que «asistieron los señores: Salazar, Ballesteros, Calomarde, Zambrano, Salmón y el Secretario». Para el tema que nos ocupa interesa consultar otras actas que también corresponden al año 1827 y se encuentran en el tomo IV. Son las de 29 de mayo, fol. 288; 9 de junio, fol. 289; 13 de junio, fol. 293; 16 de junio, fol. 294; 21 de julio, fols. 313-314.
 43. Este capítulo lo publiqué con el título «*La diplomacia en la cuestión sucesoria española (1830-1833)*» en *La Libertad: actas del XVII simposio de Historia de la Iglesia en España y América. Academia de Historia Eclesiástica, Sevilla, 15 de mayo de 2006*. Publicaciones obra social y cultural Cajasur, Córdoba 2008, 135ss.
 44. Despacho nº 336 de Tiberi a Albani, en TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 372.
 45. Cfr. SUÁREZ, F., *La Pragmática Sanción de 1830*, «Simancas, Estudios de Historia Moderna» 1(1950) 214.
 46. En apoyo de lo que acabamos de escribir conviene citar las siguientes palabras: «*El estudio del hecho de la publicación de la Pragmática es de gran interés para la explicación del cambio de régimen. Han de tenerse en cuenta los siguientes datos: Se publica cuando María Cristina estaba embarazada,*

*obedeciendo a presiones de la familia de la Reina y en absoluto secreto; hacia el año 1827 ó 1828 se hizo una minuta en el mismo sentido, cuando el Rey tenía esperanzas de sucesión de Doña María Josefa Amalia (según Villaurrutia, siguiendo al Marqués deLema); se revolvieron los archivos para encontrar le un fundamento jurídico (Encima y Piedra); la protestó oficiosamente el mismo Luis Felipe (Resumen); después de los sucesos de La Granja, a la Reina le cupieron dudas acerca de su validez, por lo que ordenó la publicación de los acuerdos de las Cortes de 1789, previo estudio, para darle un aspecto legal; ni el Infante ni sus partidarios le dieron jamás la menor importancia, considerándolo siempre como un documento sin valor alguno ni fuerza de Derecho; al alzamiento carlista de 1833 alegró siempre, en los manifiestos y circulares, la violación de una Ley fundamental como razón suficiente para el alzamiento». SUÁREZ, F., *El golpe de Estado de La Granja*, «Revista de Estudios Políticos» (en adelante, REP) XI (1948) 95-96, nota 34.*

47. SUÁREZ, F., *La pragmática...*, 213.
 48. TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 372.
 49. *Ibid.* despacho n° 336 de Tiberi a Albani.
 50. *Ibid.* doc. 372.
 51. *Ibid.* doc 2772, cit. en la nota 2, donde aparece lo que Albani le responde a Tiberi el 29 de abril de 1830.
 52. Despacho n° 343 de Tiberi a Albani, en *ibid.*, doc. 379.
 53. Despacho n° 401 de Tiberi a Albani, en *ibid.*, doc. 437.
 54. *Gaceta de Madrid*, 12 de octubre de 1830, n. 123.
 55. «El Rey nuestro Señor se ha servido dirigir al Sr. Secretario del Despacho de Gracia y Justicia el real decreto siguiente: En mi voluntad que a mi muy amada Hija, la Infanta doña María Isabel Luisa, se le hagan los honores como el Príncipe de Asturias, por ser mi heredera y legítima sucesora a mi corona, mientras Dios no me conceda un hijo varón. Está señalado de la real mano, Palacio, 13 de octubre de 1830. A D. Francisco Tadeo Calomarde» en *Gaceta de Madrid*, suplemento del jueves 14 de octubre de 1830
 56. Despacho n° 408 de Tiberi a Albani, en *ibid.*, doc. 444.
 57. *Ibidem.*
 58. Despacho n° 69988, del 2 de octubre de 1830. cit. en *ibid.*, 523.
 59. Despacho n° 409 de Tiberi a Albani, del 21 de octubre de 1830. *Ibid.*, doc. 445.
 60. *Ibidem.*
 61. *Ibidem.*
 62. *Ibidem.*
 63. *Ibidem.*
 64. *Ibid.* doc. 429.
 65. Despacho n° 4.12 de Tiberi a Albani, de 6 de noviembre de 1830, en *ibid.*, doc. 448.
 66. *Vid.*, despacho n° 71507, de Albani a Tiberi, con fecha de 30 de noviembre de 1830, que se cita en *ibid.*, 529.
 67. Despacho n° 458 de Tiberi a Bernetti, con fecha de 8 de julio de 1831, *ibid.*, doc. 496.
- Sobre la intervención de Antonini en los sucesos de La Granja *vid.*, SUÁREZ, F., *Calomarde y la derogación de la Pragmática de 1830*, REP (1944) 514-521.
68. Despacho n° 463 de Tiberi a Bernetti, con fecha de 6 de agosto de 1831, en TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 501.
 69. *Estudio preliminar sobre la nunciatura de Francesco Tiberi*, en *ibid.*, XLIV.
 70. La carta citada en TIBERI, *Correspondencia diplomática*, 601, decía así: «para inteligencia de la Cámara y su cumplimiento ha comunicado el Excelentísimo Señor Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia con fecha de 44 de este mes la Real orden siguiente:
‘Ha llegado á la Soberana noticia del Rey Nuestro Señor que en la Catedral de Tudela, y en algunas otras Iglesias de aquel Obispado, se omite la palabra *Principem* en las Misas en que por su solemnidad se *añade* a las oraciones ordinarias la Colecta o Peroración *et famulos tuos*. Y siendo esta omisión opuesta á las Reales determinaciones y declaraciones que S.M. tiene

hechas en favor de su Augusta Hija la Serenísima Señora Infanta Doña María Isabel Luisa; se há servido resolver, que la Cámara prevenga por Circular á todos los Prelados Seculares y Regulares la obligación en que están de incluir y nombrar en las oraciones de la Misa, y particularmente en la Colecta 6 Peroración de las solemnes y de *pro Populo*, la palabra *Principem* además de la de *et famulos tuos*, disponiendo que los celebrantes las pronuncien en voz inteligible'. Y a fin de que lo mandado por S.M., en la preinserta Real orden tenga el debido cumplimiento, la traslado á V. de acuerdo del referido Supremo Tribunal; esperando se servirá darme aviso de su recibo. Dios guarde a V. muchos años, Madrid de Agosto de 1831'. (sic)».

71. Con fecha de 6 de septiembre de 1831, en *ibid.*, doc. 505.
72. *Ibidem*.
73. Despacho nº 468 en el original, y 467 en el minutarlo de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 506.
74. Despacho, nº 498 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 538
75. Despacho nº 510 de Tiberi a Bernetti, con fecha de 31 de marzo de 1831, en *ibid.* doc. 550.
76. CÁRCCEL, V., *Estudio preliminar...*, en *ibid.*, XLIX.
77. Cfr. TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 445.
78. *Ibid.*, doc. 449, despacho nº 413 de Tiberi a Albani, con fecha de 6 de noviembre de 1930. Entre otras cosas el Nuncio dice: «*Per conoscere il genio dei navarri basta leggere il proclama núm. 3. Non sembra un generale che parli ai medesimi, ma un párroco. Peralatro è il linguaggio che più ad essi conviene*». La proclama núm. 3 que menciona el Nuncio fue hecha por el Duque de Castro-Terreño: cfr. *ibid.*, 532-533.
79. Despacho nº 414 de Tiberi a Albani, con fecha 27 de noviembre de 1830, en *ibid.*
80. *Estudio preliminar...*, en *ibid.*, XLIV-XLV.
81. *Ibid.*, XLV. La situación era muy delicada, tanto es así que se ha escrito con mucha certeza: «*La crisis del antiguo régimen tuvo lugar en España en 1832, a raíz de la grave enfermedad que sufrió Fernando VII en La Granja, y que le puso al borde del sepulcro, tanto que le llegaron a dar por muerto. Desde 1830, con la publicación de la Pragmática Sanción restableciendo el orden de suceder a la Corona de las Partidas, las tendencias políticas se concretaron y polarizaron en torno a María Cristina e Isabel, y alrededor del Infante Don Carlos, de una manera imprecisa al principio, y a partir de 1832, de un modo muy delimitado y concreto*». SUÁREZ, F., *La primera posición política de Donoso Cortés*, «Arbor»16 (1946) 78.
82. Despacho nº 544 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 585.
83. Cfr. *ibid.*, doc. 538.
84. CÁRCCEL, V., *Estudio preliminar...*, en *ibid.*, XLV.
85. Despacho nº 548 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 588.
86. Despacho nº 551 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 589.
87. *Ibidem*.
88. *Ibid.* Sobre la reunión de los diplomáticos se ha escrito: «*Junto con la real familia se encontraban en La Granja los representantes de las principales naciones europeas, a excepción del Embajador de la Gran Bretaña; todos ellos eran partidarios de la sucesión masculina, llevando la voz el Ministro de Nápoles, Antonini. Llegaron a la conclusión de que, tal como estaban planteados los términos del problema y dado el ambiente, España se veía abocada a una guerra civil si el Rey no cambiaba el orden de suceder restablecido por la Pragmática. Antonini expuso con negras tinta a Maria Cristina los peligros que se cernían; tanto Calomarde como el Conde de Alcudia se mostraban decididos a defender los derechos de la Infanta Isabel, mas no podían cerrar los ojos a la realidad, y ésta era la enorme fuerza de la opinión favorable a Don Carlos*». SUÁREZ, F., *Calomarde y la derogación...*, 505. Un estudio interesante sobre la intervención de los representantes extranjeros en estos hechos es el de GORRICO MORENO, J., *Los sucesos de La Granja y el cuerpo diplomático*, Roma 1967. *Vid.*, también LLORCA, C., *Los sucesos de La Granja y el Conde Solano*, «Revista de la Universidad de Madrid» 111(1954) y SUÁREZ, F., *La crisis política del Antiguo Régimen*, 2ª ed., Madrid 1958, 202 ss, en donde se examina el anterior artículo.

89. TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 589.
90. *Ibidem*.
91. *Estudio Preliminar...*, en *ibid.*, XLV-XLVI.
92. SUÁREZ, F., *Calomarde y la derogación...*, 504; *vid.* también 553-554.
93. Cfr. CÁRCCEL, V., *Estudio preliminar...*, en TIBERI, *Correspondencia diplomática*, XLVI-XLVII. Estas medidas, tomadas después de los sucesos de La Granja, no estaban desprovistas de sentido: «*Por el Decreto de Amnistía se buscó –y se logró plenamente– proporcionar a la reina la fuerza que necesitaba en el caso que los seguidores del infante intentaran actuar contra la situación nacida del golpe de Estado para asegurar la sucesión de Isabel*». SUÁREZ, F., *Los sucesos de La Granja*, Madrid 1953, 248-249.
94. Despacho nº 55 de Tiberi a Bennetti, en TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 593.
95. *Ibidem*.
96. Se ha dicho con mucho acierto que «*la exoneración del Ministerio Calomarde y su sustitución por el que se nombró el 1 de octubre fue el paso más trascendente de cuantos se dieron en el reinado de Fernando VII, significando el punto de partida del régimen liberal*». SUÁREZ, F., *La primera posición...*, 78.
97. Que Don Joaquín Abarca era por entonces un acérrimo partidario de don Carlos no cabe ninguna duda, sin embargo sobre la intervención de este prelado en los sucesos de la Granja se ha de tener en cuenta las siguientes palabras: «*Resulta, pues, que no sólo en La Granja no había un ambiente cerrado de absolutismo, sino que está probado el fernandismo de los principales personajes que se encontraban en ella por aquellos días, nos atrevemos a afirmar que incluso el del Obispo de León, pues conviene tener presente la afirmación de Pirala de que D. Joaquín Abarca procuró interesar al Infante en favor de Cristina (I, ed. 1868, 124): que no hubo ni intrigas, ni amenazas, ni manejos, pues todo se decidió en Consejos de Ministros con conocimiento y aprobación de la Reina, intentándose todos los medios para lograr del Infante el reconocimiento de la Pragmática para asegurar la sucesión de Isabel y la Regencia de María Cristina y disipar el peligro de la guerra civil; que el Rey se encontraba en posesión de sus facultades al firmar la derogación, hasta el punto de opinar respecto al modo de hacerla y conversar sobre el asunto con la Reina y Calomarde*». SUÁREZ, F., *El golpe de Estado...*, 94-95.
98. TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 593.
99. *Estudio preliminar...*, en *ibid.*, XLVI.
100. *Ibidem*.
101. *Ibid.*, doc. 593.
102. LEFLON, J., *o.c.*, 483.
103. TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 593.
104. Despacho nº 3114, con fecha del 27 de diciembre de 1832, en *ibid.*, 698.
105. *Ibidem*.
106. *Ibidem*.
107. Despacho nº 558 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*
108. *Ibidem*.
109. *Ibidem*.
110. Despacho nº 3609 de Bernetti a Tiberi, en *ibid.*
111. CÁRCCEL, V., *Estudio preliminar...*, en *ibid.*, XLVI.
112. TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 596.
113. *Ibid.* CUENCA, J.M., en su trabajo titulado *D. Pedro de Inguanzo y Rivero (1754-1836). Último Primado del Antiguo Régimen*, no hace mención de este episodio. *Vid.* el capítulo IX de este estudio.
114. Cfr. TIBERI, *Correspondencia diplomática*, 693, nota 5.
115. *Ibid.*, doc. 596.
116. Despacho nº 574 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 612..
117. *Ibid.*, doc. 596.

118. CÁRCEL, V., *Estudio preliminar...*, en *ibid.*, XLIX.
119. Los que cita el Nuncio no pasarían de media docena. En el despacho que más nombres da, figuran tres: el Obispo don Joaquín Abarca, el canónigo Salomé, y el Padre Díaz Jiménez. Cfr. TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc. 593, despacho n° 555 de Tiberi a Bernetti, con fecha 12 de noviembre de 1832. Pueden consultarse asimismo los docs. 372-620 y se verá que son escasísimos los eclesiásticos partidarios de don Carlos citados por Tiberi.
120. La noticia de la fuga de don Joaquín Abarca fue dada por Tiberi en su despacho n° 574, y con fecha 13 de febrero de 1833. Cfr. *ibid.*, doc. 612.
121. CÁRCEL, V., *Estudio preliminar...*, en *ibid.*, XLIX.
122. El texto íntegro de la carta figura en *ibid.*, 727, nota 2, que se ha tomado de DEL CASTILLO Y AYENSA, J., *o.c.*, 11.
123. Pueden verse los despachos que el Nuncio recibe antes de entrar definitivamente en España.
124. El 20 de febrero de 1833 Gregorio XVI introdujo una reforma en la Secretaría de Estado, separando la gestión de los asuntos exteriores, e instituyendo la Secretaría para los asuntos internos de los Estados Pontificios. No obstante el Cardenal Bernetti seguirá al frente de la Secretaría de Estado para los asuntos exteriores. Cfr. TIBERI, *Correspondencia Diplomática*, 722, nota 1, y la bibliografía allí cit.
125. Bernetti le comunica esto al Nuncio en un despacho fechado el 10 de marzo de 1833. El original en italiano puede verse en TIBERI, *Correspondencia diplomática*, 725-726.
126. *Ibid.*, 725.
127. Despacho n° 582 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 620.
128. *Ibidem.*
129. *Ibid.*, doc. 620.
130. Esa es también la opinión de CÁRCEL, V., en el *Estudio preliminar...*, en *ibid.*, L.
131. *Ibid.*, doc. 620
132. Despacho n° 592 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 630.
133. *Ibidem.*
134. Despacho n° 586 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 624.
135. El decreto donde se recoge esta orden, y también el otro se encuentran cit. en *ibid.*, 732-733.
136. *Ibid.* doc. 624.
137. Despacho n° 587 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 625
138. *Ibid.* Es significativo que la Santa Sede no hiciera ningún comentario de crítica o de aprobación por la actitud tan manifiesta del Obispo Abarca. Cfr. despacho de Bernetti a Tiberi, n° 1517 con fecha de 4 de mayo de 1833, en *ibid.*, 732. El Secretario de Estado le agradece varios despachos sin contestarle a cada uno. Estos son los n° 580, 581, 582, 583, 586, 597. Este último no puede ser el 597, pues el 597 fue contestado en otro momento: cfr. *ibid.*, 743, nota 2. Debe tratarse de un error de la Secretaría de Estado o de la publicación. No parece que haya duda de que se contesta, no al despacho 597, sino al 587: cfr. *ibid.*, 733, nota 2.
139. Despacho n° 589 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 627.
140. Despacho n° 2302 de Bernetti a Tiberi, en *ibid.*, 735, nota 1 al doc. 627.
141. *Ibidem.*
142. Despacho n° 597 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 635: La carta y la declaración de don Carlos se encuentran en *ibid.* 742, nota 1.
143. *Ibid.*, doc. 635.
144. *Ibidem.*
145. *Ibidem.*
146. *Ibidem.*
147. *Ibidem.*
148. Tiberi escribió que el encargado de los asuntos de Su Majestad Siciliana le envió tres ejemplares de una protesta emitida por aquella corte contra el juramento que se había ordenado hacer. El barón Antonini, había enviado seguramente –a juzgar por lo que dice el Nuncio–

- esta misma protesta a todos los diplomáticos residentes en Madrid. El texto original de la comunicación del Nuncio es el despacho n° 608 de Tiberi a Bernetti en *ibid.*, doc. 646.
149. Cfr. *ibid.*, doc. 635.
 150. Despacho n° 4868 de Bernetti a Tiberi, en *ibid.*, 743-744.
 151. *Ibidem.*
 152. Despacho n° 603 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 641.
 153. *Ibidem.*
 154. *Ibidem.*
 155. *Ibidem.*
 156. Cárcel afirma: «*El Nuncio protestó contra las medidas adoptadas ya que en virtud del Concilio de Trento, que España tenía fuerza de Ley, para procesar a un obispo se requería el consentimiento de la Santa Sede*». Añade además: «*Esta intervención de Tiberi se mantuvo en secreto*». *Estudio preliminar...*, en *ibid.* LIV. Y cfr. también en *ibid.*, doc. 641.
 157. Despacho n° 3962 de Bernetti a Tiberi, en *ibid.*, 751.
 158. Despacho n° 609 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 647. Sobre la actividad del Cardenal Inguanzo ver CUENCA, J.M. *o.c.* 321-329.
 159. *Ibidem.*
 160. *Ibidem.*
 161. *Ibidem.*
 162. *Ibidem.*
 163. *Ibidem.*
 164. *Ibidem.*
 165. Despacho n° 610 de Tiberi a Bernetti, con fecha de 3 de julio de 1833, en *ibid.*, doc. 648.
 166. *Ibidem.*
 167. *Ibid.* El original de la carta del Obispo, publicada en *ibid.*, 758-759.
 168. *Ibidem.*
 169. *Ibidem.*
 170. *Ibidem.*
 171. Despacho n° 615 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 653.
 172. La carta del Obispo de León está fechada el 12 de junio de 1833, y la enviaba «*desde un rincón de mi diócesis*». Iba dirigida al deán y cabildo de la catedral de León. Está publicada en *ibid.*, 767, nota 1.
 173. Despacho n° 617 de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 655.
 174. *Ibidem.*
 175. *Ibid.*, doc. 658. En el doc. 641, despacho n° 603 de Tiberi a Bernetti se nos dice que esta pastoral había sido hecha en Marín.
 176. *Ibid.*, doc. 658: La pastoral se encuentra recogida en parte, en *ibid.*, 769-770, nota 2.
 177. Cfr. *ibid.*, doc. 647.
 178. Tiberi no envía el texto de dicha circular, y no obstante habla de ella como de cosa conocida. Esta aparente contradicción se resuelve identificando este escrito con la pastoral que escribió también el Obispo. Sin embargo, no parece esta la opinión de V. Cárcel cuando escribe, después de haber hablado de la pastoral: «*Un nuevo escrito de Abarca contra el juramento fue enviado a todos los obispos y muchos lo quemaron* (doc. 647)». *Ibid.*, *Estudio preliminar...*, LIV.
 179. *Ibid.*, doc. 658, anteriormente cit.
 180. TIBERI, *Correspondencia diplomática*, doc.661 *En este mismo día fechó Tiberi 8 despachos, lo que nos da una idea de la abundante relación epistolar que mantenía con la Secretaría de Estado.*
 181. Cfr. *ibid.* doc. 669, despacho n° 631 de Tiberi a Bernetti. La carta original del Obispo de León se conserva unida al despacho.
 182. *Ibidem.*
 183. *Ibidem.*
 184. *Ibidem.*

185. *Ibidem.*
186. *Ibid.* Tiberi pediría también en este despacho las «*instrucciones necesarias*». Pero la Santa Sede por vía del cardenal Bernetti se limitó a acusar recibo de este escrito, del ya pro Nuncio, el 9 de octubre de 1833, con el n° 7711 en A SS 249 (1833). 183, minuta. Cfr. *ibid.*, 783.
187. *Ibid.*, doc. 679, despacho sin número de Tiberi a Bernetti, con fecha 7 de octubre de 1833. Conviene saber que a partir del 12 de septiembre –día en el que comunica la llegada del nuevo Nuncio– los despachos de Tiberi no están numerados. Con esa fecha hay 10 despachos, siendo el último el n° 636, doc. 674. No obstante, a partir del 22 de marzo de 1834 empieza a enumerarlos de nuevo partiendo del doc. 694, que figura con el n° 1. Es extraño que no hubiera seguido con la antigua enumeración y comience otra nueva, que podía causar confusión.
188. *Ibidem.*
189. *Ibidem.*
190. El manifiesto se encuentra en *ibid.*, 791.
191. *Ibidem.*
192. *Ibidem.*
193. *Ibid.*, doc. 679.
194. Cfr. despacho sin n° de Tiberi a Bernetti, en *ibid.*, doc. 680.
195. *Ibidem.*
196. *Ibidem.*
197. Cfr. *ibid.*, doc. 681, despacho sin n° de Tiberi a Bernetti, con fecha 5 de octubre, aunque se trata de una confusión: debe ser sin duda 5 de noviembre.

Índice del Extracto

PRESENTACIÓN	91
ÍNDICE DE LA TESIS	95
BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS	97
LA NUNCIATURA DE FRANCESCO TIBERI (1827-1834)	101
I. LA IGLESIA Y ESPAÑA DURANTE LA NUNCIATURA DE MONS. FRANCESCO TIBERI	101
1. LA IGLESIA UNIVERSAL DURANTE LA NUNCIATURA DE TIBERI	101
1.1. El Pontificado de León XII	101
1.2. Pío VIII en la Sede de Pedro	103
1.3. El Papa Gregorio XVI	104
2. LA VIDA ESPAÑOLA EN LOS AÑOS 1827-1834	105
II. TIBERI, NUNCIO EN ESPAÑA	110
1. LA CARRERA DE FRANCESCO TIBERI	110
2. TIBERI EN EL SUELO ESPAÑOL	111
3. EL NUNCIO RETROCEDE A BAYONA	113
4. LA GUERRA DE LOS AGRAVIADOS	114
5. TIBERI PUEDE ENTRAR EN ESPAÑA	116
III. LA CUESTION SUCESORIA	116
1. LA PRAGMÁTICA	116
2. EL NACIMIENTO DE ISABEL	120
3. LOS SUCECOS DE LA GRANJA	127
4. «¡QUÉ COSA MENOS PRUDENTE!»	132
5. EL JURAMENTO	138
6. ¡DIOS PROTEJA A ESPAÑA!	148
NOTAS DE LA TESIS	151
ÍNDICE DEL EXTRACTO	161

